

SARANCE

NUMERO EXTRAORDINARIO IX

REVISTA DEL INSTITUTO
OTAVALEÑO DE ANTROPOLOGIA

HOMENAJE A LOS INTEGRANTES
DE LA LIGA CULTURAL
"JOSE VASCONCELOS"

OTAVALO
NOVIEMBRE
1996

SARANCE

NUMERO EXTRAORDINARIO IX

**REVISTA DEL INSTITUTO
OTAVALEÑO DE ANTROPOLOGIA**

**HOMENAJE A LOS INTEGRANTES
DE LA LIGA CULTURAL
"JOSE VASCONCELOS"**

**OTAVALO
NOVIEMBRE
1996**

IOA

INSTITUTO OTAVALEÑO DE ANTROPOLOGIA
CENTRO REGIONAL DE INVESTIGACIONES

INSTITUTO OTAVALEÑO DE ANTROPOLOGIA

Teléfono: (06) 920321 - Fax (06) 920461

Casilla Postal 10-02-1478

OTAVALO - ECUADOR

© Instituto Otavaleño de Antropología 1996

REVISTA SARANCE

HERNAN JARAMILLO CISNEROS
DIRECTOR

COMITE EDITORIAL

MARCO ANDRADE ECHEVERRIA

CARLOS A. COBA ANDRADE

MARIO CONEJO MALDONADO

JOSE ECHEVERRIA ALMEIDA

HERNAN JARAMILLO CISNEROS

PATRICIO GUERRA GUERRA

MARCELO VALDOSPINOS RUBIO

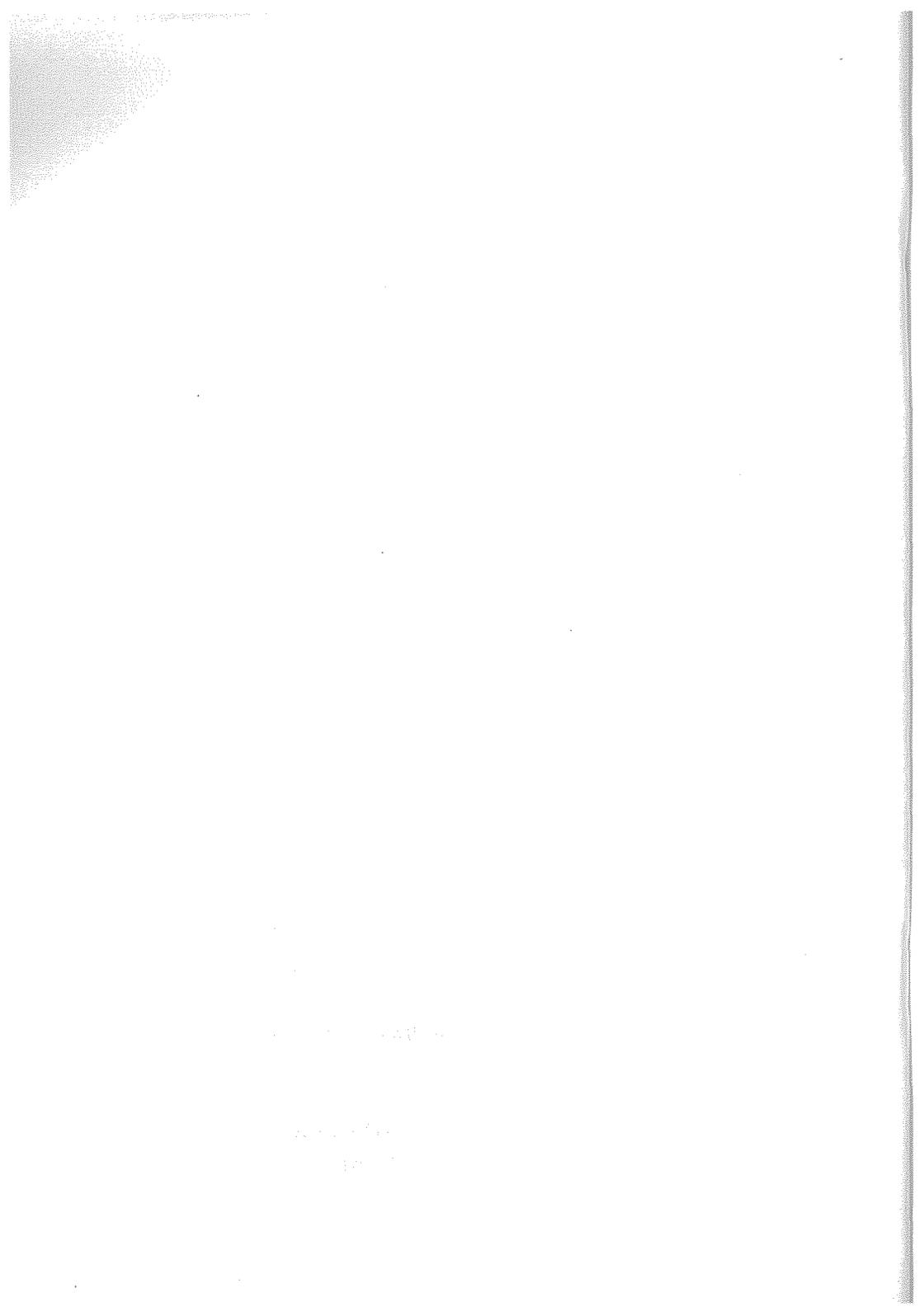
CARATULA E ILUSTRACIONES

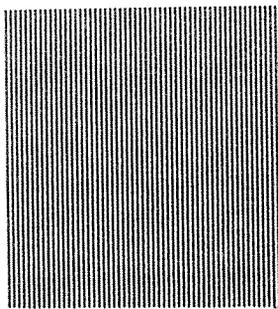
JORGE VILLARRUEL NEGRETE

INSTITUTO OTAVALEÑO DE ANTROPOLOGIA

MARCELO VALDOSPINOS RUBIO
PRESIDENTE

EDWIN NARVAEZ RIVADENEIRA
DIRECTOR GENERAL





Contenido

Pág

Presentación	11
Hacia el mar	13
Esfuerzo	14
De 1535 a 1928... Y?	17
Bordes eternos <i>Francisco H. Moncayo</i>	37
Turismo	39
Por los contornos <i>J. I. Narváez</i>	41
El salto de Peguche <i>F. de M.</i>	45
La calle real	47
Retazos <i>Enrique Garcés</i>	49
Artes e industrias populares	53
El indio de Otavalo <i>V. G. Garcés</i>	57
Escuelas para indígenas <i>Fernando Chaves</i>	67
Filosofía de la choza <i>V. G. Garcés</i>	76
Mensaje del yamor otavaleño <i>Enrique Garcés</i>	81

Chispazos de redención	<i>Francisco H. Moncayo</i>	87
Las chichas y la chicha del yamor vistas a través de la historia	<i>Luis A. León</i>	92
Nuestra Señora de Otavalo	<i>Enrique Garcés</i>	98
Imaginería colonial de los retablos otavaleños	<i>V. A. Jaramillo</i>	100
Tío Antonio	<i>Enrique Garcés</i>	109

Los artículos que publica esta revista son de exclusiva responsabilidad de sus autores y no traducen necesariamente el pensamiento de la entidad. Se solicita canje con publicaciones similares.

Dirección: Casilla Postal 10-02-1478
Otavalo – Ecuador

PRESENTACION

Con el presente número extraordinario de Sarance el Instituto Otavaleño de Antropología rinde un especial homenaje de admiración y afecto a Otavalo, con motivo de dos conmemoraciones cívicas importantes: su paso de Asiento a Villa, por decreto de la Junta Soberana de Quito, del 11 de noviembre de 1811; y, su elevación a categoría de Ciudad, mediante decreto del Libertador Simón Bolívar, del 31 de octubre de 1829. Sarance, en esta vez, reproduce artículos publicados en la revista "Imbabura", Nos. 3-4 de la Liga "Vasconcelos", editada en 1928, y de "Ñuca Huasi", revista de gentes y cosas de Otavalo, que circuló entre 1953 y 1956.

En los primeros años de este siglo nacieron los autores de los artículos que hoy se vuelven a publicar; por medio de ellos nos llegan imágenes algo borrosas por el paso del tiempo, así como los anhelos, las quimeras, las ilusiones y los antiguos regocijos que vivió Otavalo, con la llegada del ferrocarril, primero, y con la fiesta del yamor, después.

Solo los otavaleños de perfecta memoria recordarán los nombres, las voces y los hechos aquí relatados, los cuales corresponden a la época en que los más altos y connotados intelectuales de Otavalo se agruparon en una institución que hizo historia: la Liga "Vasconcelos". De esa entidad formaron parte los autores de los artículos que se reproducen y cuyos nombres –injustamente– van cayendo en el olvido: Francisco H. Moncayo, José I. Narváez, Enrique Garcés, Víctor Gabriel Garcés, Fernando Chaves, Luis A. León, Víctor Alejandro Jaramillo, entre otros. En la revista "Imbabura" hay excelentes artículos de autores

anónimos, que rinden su homenaje a Otavalo tierra de maestros y escritores.

Algo del inexplicable sentimiento de los otavaleños a su tierra lo expresa Enrique Garcés, en las siguientes frases:

"Hay ciertas tardes de ausencia que están lloviendo melancolías. El recuerdo proyecta en la pantalla de los párpados la casita blanca de los abuelos. El avergonzado montón de los juguetes viejos y destruidos. Sombras queridas que pasan... Hay un sabor de sangre en la boca. Y los labios se quedan tarareando tristemente

Imbabura de mi vida
patria donde yo nací..."

HACIA EL MAR

Feliz minuto. Un prolongado silbido rebota en los alcores Se estremece de emoción la tierra multicolora y pródiga. Y en la oquedad bellísima el estruendo civilizador se alarga en ecos y se detiene. En la página azul del cielo imbabureño la máquina jadeante rubrica sus primeras espirales de humo.

Ferrocarril en Otavalo. Ferrocarril... El Príncipe Encantado que irá despertando a las Bellas Durmientes.

Hoy Otavalo –ambiente claro, aguas cristalinas. Mañana Ibarra –adormecimiento tropical y energías inmensas. Después San Lorenzo– coqueteos infantiles con el espejo infinito del Pacífico.

Júbilo intenso. Alegría desbordante.

Caminos. Cintas materiales con que se anuda el afán nómada. Lazos de inmovilidad en el rincón nativo ante la angustia de la última y desconocida curva.

Caminos. Cuerdas en que se columpia el ensueño. Manos que nos traen la dádiva prolífica de todos los gestos fraternales. Escalas por las que nos evadimos de las horas vulgares para ir al Dolor deslumbrados por la Gloria...

Caminos. Brazos, gestos truncos del anhelo de omnipresencia de los hombres incompletos.

Y este camino nuestro que se dilató en los años y en las rocas, merced a la erosión del sudor propio, ulula aquí en el descanso forzoso. En el descanso precursor de la nueva jornada. Nuestras manos engrandecidas deben acariciar el lomo de la bestia mecánica y preparar el fustazo próximo que la obligue a libertar su ímpetu que sólo ha de extinguirse frente a la linfa que violó la armadura oxidada, sudorosa de Balboa.

Junto al gusano humeante –hierro y fuego– estos hombres de Imbabura –resignados, silenciosos en su trabajo humilde– van a levantar las cabezas, sacudir la greña altiva y con uno de esos gestos de pueblo vigoroso que cuando no tiene comodidad, cuando no tiene tradición las crea de un solo empuje titánico, gritar empinándose sobre esta vértebra andina:

Hacia el Mar! Hacia el Mar!

Y luego del grito estentóreo la acción indeclinable. Que permanezca nuestro grito como un gallardete en el frontis de nuestra Historia que comienza. Orientando el esfuerzo de todas las horas.

Porque el anhelo es lo que no se alcanza todavía. Lo que está aún por hacer. El abrazo cordial de Sierra y Playa está solamente intentado. El Ande pugna por bajar a la orilla luminosa. Falta llegar a ella para que la obra de nuestra generación quede finalizada. Caminos para la comprensión. Para el entendimiento. Para el servicio.

Mientras tanto, los mil clarines épicos de los pechos jóvenes, con ecos múltiples que ampliarán los contrafuertes ceñudos y las rocas milenarias del Imbabura pardo, antena granítica que se destaca en el añil para enviar a todo el país nuestro mensaje de amor y trabajo, lancen la nueva consigna a todos los vientos:

Hacia el Mar! Hacia el Mar!

"Imbabura", Nos. 3-4, septiembre-octubre de 1928.

ESFUERZO

Máxima virtud la del pueblo que puede mostrarse vigoroso ante los demás. Pueblo grande aquel que ostente, como el mejor de sus blasones, el espíritu constante que le anima y que le impele a buscar, para sus colectividades, un abolengo honroso: el pasado de labor tesonera por alcanzar mejoramiento.

Esfuerzo es prodigio de creación y de triunfo. Es, para los pueblos, la fecunda superación de sí mismos para arrebatarse el tiempo, en batallar heroico, la conquista de sus destinos, la seguridad de un porvenir que les pertenece y al que tienen derecho.

Los empeños tenaces de toda la región septentrional de la patria por obtener la línea férrea que le comunique con las del centro y sur del Ecuador y, especialmente, que le abra la vía única, la del Pacífico, demostraron la contextura de su alma y el poder acerado de sus músculos.

Recuerde la patria la forma, no emulada aún por ningún pueblo ecuatoriano —lo proclamamos con orgullo— cómo Imbabura intervino en la construcción de esta senda en que puso, como riego sagrado, el sudor de sus hijos. Recuerde la patria esa manera, no igualada todavía, cómo nuestras ciudades y pueblos dejaban la tranquilidad cotidiana de su vida para salir en masa a la tarea que se impusieron voluntariamente por hacer avanzar esta obra de sus más caros anhelos. No olvide la patria el frenesí, la obstinación de estos pueblos por redimirse de un aislamiento retardatario, por liberarse de una postergación injusta. Y ante la esperanza de buenas, de santas realizaciones, recuerde la patria ese esfuerzo noble de los pueblos de Imbabura que supieron dejar en esta vía la señal eterna de su trabajo, atestiguado por el prodigio de más de cuarenta kilómetros de camino realizados en escasos dos años de brega incansable. Porque casi la totalidad de la línea fue hecha *gratuitamente* por los hijos del Norte. Ejércitos —qué hermosos ejércitos— de tres, cuatro, cinco y hasta seis mil trabajadores se veían continuamente repartidos, como en la mejor de las batallas campales, en el trazo del sendero donde habían de luchar y vencer con la más bella de las armas: la piqueta! Recuérdese la impresión que producía en todos los ánimos la noticia del avance arrollador de una minga —nombre símbolo en los pueblos del Norte—, de esas masas enormes de hombres decididos que se enseñoreaban y posesionaban de estos campos vastos y bellos para trabajar la ruta salvadora. Nuestros indios, estos indios morenos y esforzados —bronces que viven y que luchan— tomaron parte activa en las faenas: ellos hollaron y lastimaron sus tierras para abrir

la senda estrecha, surco de futuras y prometedoras gestaciones... Recuerde el Ecuador la odisea magnífica de anhelos, de dolores, síntesis de aspiraciones que guardaba el alma de Imbabura como augurio de grandezas y de glorias. Recuerde la patria el esfuerzo de Imbabura y justifique la premiosa necesidad de recompensa...

Otavaló, la ciudad que se recuesta en la poética meseta andina, resguardada por su viejo señor, el Imbabura, tuvo ingerencia decisiva en la construcción de la obra. Grandes fueron siempre sus contingentes de trabajadores en las repetidas ocasiones en que se sometió a prueba de entusiasmo y actividad a los cantones de esta provincia y la del Carchi. Porque no podemos olvidar el gesto de esos valientes pueblos que vinieron, tras duras jornadas de camino, a trabajar voluntariamente en la sección de Ibarra.

Otavaló mantuvo su prestigio y realzó su mérito de patriota. Quiso poner muy en alto su nombre en esta a modo de justa pugna de los pueblos. Pugna estimuladora y sana. Porque es preciso anotar ese carácter de acendrado amor a la obra "redentora": Amor, anhelo puro de descuajar montes, tajar peñas y remover el suelo y arrojar la tierra negra para abrir entrañablemente la vía, con cariñosa solicitud. Se aspiraba a prodigiosas transformaciones, a rápidos cambios... Y en las mentes fatigadas de aquellos que se entregaron a la faena, se asomaba, como una evocación consoladora, la silueta inmensa de una máquina que respiraba fuego y lanzaba a la eternidad de los cielos azules de Imbabura –grito anunciador de gestas magnas– la pitada potente de sus pulmones de hierro...

Otavaló se congratula de haber hecho su esfuerzo. Se complace de haber dado su ayuda. El esfuerzo de sus hijos, la ayuda de sus hijos, bien premiados se ven ahora con la realidad de sus anhelos. Pero no escatimaré, si ha de ser necesaria aún su coadyuvación efectiva: su vigor está siempre al servicio de los buenos propósitos de mejoramiento y progreso.

El esfuerzo es sacrificio. El sacrificio, dolor. Y el dolor es la senda de las mejores redenciones. Otavalo está dispuesta a demostrarlo...

"Imbabura", Nos. 3-4, septiembre-octubre de 1928.

DE 1535 A 1928... Y?...

Labor lenta, de esfuerzos dolorosos y aislados, señaló el derrotero de la obra Quito-Esmeraldas. Larga gestación de siglos en los que palpitaba, sólo para los pueblos del Norte, la esperanza de esa arteria, como necesidad impostergradable. Muchas veces, ni una voz de aliento para el febril entusiasmo de aquellos que veían con ojos de fe, la importancia de la salida al mar. Obstáculos siempre. Viejas y nuevas dificultades iban matando en flor el sueño. Y el fracaso apuntaba sardónico, su mano fatalista en el curso de los años, como una maldición de muerte.

Pero nuestros pueblos vivieron su esperanza. Sostuvieron sus aspiraciones. Las agitaron. Las moldearon. Las hicieron carne de su carne. Y queriendo satisfacerlas y en la imposibilidad de postergarlas —con la comprensión de esas necesidades por parte del Gobierno y de su apoyo eficiente en los últimos años— las materializaron en una eclosión admirable de sorpresas. Y es así como a través de los años y a pesar de todo —de los obstáculos naturales y de los obstáculos de los hombres, más poderosos que los primeros—, la ilusión acariciada con ardor fanático por el cerebro de nuestros progenitores, llega a la mitad de la jornada.

I

Pedro Puelles, teniente de Sebastián de Benalcázar, recorrió *Saransig*, "pueblo que se levanta". (Significación etimológica apuntada por Cabello Balboa). Desde aquí se lanzó al Norte y conquistó las tribus de Lita, Quilca y Cahuasquí. Los indios no se avenían pasivamente. Se resistían a la esclavitud que llegaba. Estas

tribus se rebelaron al poco tiempo. Y fueron los capitanes Rodrigo de Ocampo y Antonio de Hosnayo, los encargados de la pacificación. Ya tranquilas, entre 1535 y 1564, permiten hacer expediciones por sus territorios. Un Capitán Ochoa buscó camino a la Costa. Siguió el curso del Lita y después de dos tentativas murió en la empresa. Diego de Bazán siguió los pasos anteriores. Tras una serie de penalidades, después de un año de andar perdido por las selvas, salió a Portoviejo.



Templo El Jordán - Año 1925

Nueva tentativa es la señalada por Gonzalo Diez de Pinedo. Salió de Quito. Cruzó la región de Sigchos y avanzó a Esmeraldas, Alonso de Rojas y los capitanes Valderrama y Zárate y Chacón, siguieron el mismo derrotero.

Parece que por esta misma época se abrió un camino a Esmeraldas desde Quito, por la Provincia de los Yumbos.

El afán evangelizador de los Mercedarios marca una era distinta. Las tribus de Esmeraldas fueron las más hostiles a la conversión católica. Los misioneros en la imposibilidad de avanzar

por la costa, se abrieron paso por las selvas de Malbucho hasta caer en San Lorenzo.

La salida a la costa es un anhelo. Las tentativas de buscarse vías se suceden, llegando a marcarse con la fundación de Ibarra, el 28 de Setiembre de 1606, fundación que tuvo por objeto reunir a los blancos dispersos por los campos del Norte y abrir una comunicación al Pacífico, "un camino más corto y expedito que pusiera en relación la Capital del Reino con Panamá", según refiere el señor González Suárez. A nombre de Miguel de Ibarra verificó la fundación Cristóbal de Troya. Espíritu emprendedor, no quiso gozar de las prerrogativas de su cargo. Pasó un año de la fundación y en marzo de 1607, sale a inspeccionar la Provincia. Avanza hasta la cordillera. La trasmonta y llega a la hoya del Santiago, estudiando los lugares más adecuados para la obra en proyecto. Practica sondajes en el Santiago y luego en las diferentes ensenadas y bahías de la costa. Y concluye tras de observaciones detenidas, que el camino habría de cruzar por la tribu de los Malabas, antes de los pueblos de Espíritu Santo y Guadalupe, en la cordillera de las Lachas, y que el puerto debería quedar en las proximidades de Ancón de Sardinas. Troya, queriendo hacer realidad su proyecto, encargó a Juan Corrales la construcción de un puente de cal sobre el Pisque. Diez años después de la muerte del Presidente Recalde, vuelve al camino de Ibarra a Santiago que estaba abandonado. Somete a la tribu de los Malabas, pero no puede continuar su empresa, porque le destituyen de su cargo.

El Corregidor de Otavalo y de la villa de Ibarra, capitán Pablo Durango Delgadillo, trabajó también con gran empeño en el camino al mar y la formación de un puerto en la bahía de San Mateo. El camino llegó medianamente a concluirse. Se trajinó por él. Varios buques de Panamá tocaron al Puerto. Pero el terror de que los corsarios, se apoderasen de San Mateo y con un punto de partida iniciaran el contrabando, movió al Príncipe de Esquilache, Virrey del Perú, a prohibir el perfeccionamiento de la vía. Por otra parte, la Audiencia de Quito informó que "la empresa era muy costosa y de ninguna utilidad, pues apenas se rozaba la selva cuando tornaba a reproducirse. Además, Esmeraldas

y los lugares por donde pasaba el camino, eran inhabitables, con pantanos profundos y de un clima enfermizo". El mismo señor González Suárez dice que "a estos motivos hay que añadir la contradicción hecha secretamente al camino, por los comerciantes de Guayaquil, a cuyos intereses había de causar perjuicio la formación de un nuevo puerto mucho más cercano a Panamá".

Durango Delgadillo murió mientras continuaba la empresa. Una maldición perseguía a los dirigentes. El capitán Francisco Menacho que siguió los trabajos, se tulló por la humedad de los lugares y falleció al fin en Ibarra.

El derrotero de esta vía que desapareció juntamente con las misiones recién establecidas, era el mismo de los Mercedarios.

Los corregidores de Ibarra, cuyos cargos adquirirían con la condición de abrir el camino al mar, siguieron intentando nuevos esfuerzos, más por contentar a los Presidentes posteriores de la Audiencia que por interés del Reino.

Mientras se fracasaba constantemente por el Norte, en 1624 estaba concluído el camino de Quito a Bahía de Caráquez.

Muy justo es anotar los trabajos del sabio Maldonado. Llegó a efectuar el camino de Quito a Esmeraldas por Cotocollao y Nono hasta la confluencia del Caone con el Blanco, cuyo curso servía para llegar al mar. Esta obra realizó después de siete años de trabajo con 160 peones diarios que ganaban dos y cuatro reales, comida y tabaco. La extensión era de 46 leguas, 24 por tierra y 22 por agua. En 1740 fue comisionado Dn. José de Astorga para examinar este camino, siendo el informe favorable. Maldonado promovió la fundación de la Tola y se empeñó en unirla con Esmeraldas.

En 1741 la Audiencia dictó un acto dando "por obra buena la apertura del camino". Pero como réplica inmediata, de la misma Quito, informaron mal, obligando al Virrey a opinar que

la obra "era perjudicial para los intereses de la Real Hacienda, ya que incrementaría el contrabando".

Años más tarde tentó la empresa Fernando Juárez, sin ningún resultado.

Pasa el tiempo. El ensueño late aún. Ya el Presidente Guzmán vuelve a preocuparse. Toca a Luis Francisco Héctor de Carondelet (1799-1806) continuar con decisión la empresa abandonada del camino que "había de poner en comunicación la ciudad de Ibarra con el puerto de San Lorenzo, en la bahía del Pailón. Tuvo un apoyo eficiente para sus trabajos en el sabio Caldas. Le ocupó en trazar el camino llamado de Malbucho. El sabio colombiano recorrió toda la hoya del Chota hasta el río Lita. Exploró la región de Esmeraldas, llegando después de observaciones meditadas, a delinear prolijamente el plano del camino, "señalando con toda exactitud las distancias de los lugares y la altura a que cada punto se encontraba sobre el nivel del mar". Agregó consejos, y con sus planos, se iniciaron los trabajos del camino. Dentro de la montaña surgió San Francisco de Carondelet, pequeña población, y se habilitó el puerto de la Tola, declarándole menor. Escasa población, escaso comercio y casi ningún tráfico, determinaron la decadencia del camino y del puerto.

El siglo dieciocho termina sin el cumplimiento de la aspiración.

II

Los movimientos revolucionarios, el grito de rebeldía y la separación de los americanos, no dan lugar a ninguna idea sobre realización de caminos. Finalizan las agitaciones. América es libre. El canto de los patriotas es canto de gloria. Canción de triunfo. En el cerebro de las concepciones geniales, en el que fulguró la idea de la emancipación criolla, en el cerebro prodigioso de Bolívar, brota otra idea, la de comunicar el corazón de la sierra con las aguas tranquilas del Pacífico. Queriendo hacer realidad ese

proyecto, el 25 de junio de 1822, dictó el decreto cuya transcripción se ha hecho en páginas anteriores.

A iniciativa del Libertador, el Congreso de Colombia dictó el Decreto que sigue:

El Senado y la Cámara de Representantes de la República de Colombia reunidos en Congreso,

Considerando:

Que la Provincia de Pichincha carece de un puerto por donde hacer la importación de los efectos que consume, y la exportación de los frutos y manufacturas que produce y sin el cual no puede prosperar, y que los caminos que pueden abrirse de Quito al puerto de Esmeraldas por una parte, y al de la Bahía de Caráquez, en la Provincia de Manabí, por otra, ofrecen las ventajas apetecibles para esos pueblos;

Decretan:

Art. 1º.- El Poder Ejecutivo facilitará la apertura de los caminos de Quito a Esmeraldas por una parte y a la Bahía de Caráquez por otra; ya invitando empresarios por medio de la imprenta, dentro y fuera de la República, ya dando impulso a la empresa, mediante el influjo natural del Gobierno.

Art. 2º.- Se concede exención absoluta de toda contribución directa o indirecta que entre en el Tesoro Nacional y de los diezmos y primicias a todos los habitantes de los puertos de Esmeraldas y Bahía de Caráquez y las cercanías de sus caminos y a los que vayan a poblarlos, con tal que funden casas y se avecinden en dichos caminos y poblados;

Dado en Bogotá, a 16 de Marzo de 1826, 16.

III

Desgraciadamente la Unión Colombiana se derrumba. El Ecuador queda solo, con una enorme deuda y la obra se aplaza.

El 12 de marzo de 1839 se expide un decreto que tiene íntima relación con el de marzo de 1826, en el cual se habilita el puerto de San Lorenzo y se conceden ciertos derechos a los empresarios que iban a efectuar la obra Esmeraldas-Ibarra, por Malbucho. Se les da una extensión de tierra de cuarenta y cinco mil fanegadas (Presidencia de J. J. Flores.- Presidente del Senado, Diego Noboa). Este Decreto se ejecuta el 18 de marzo del mismo año.

En 1843, el 14 de junio dicitase una ley sobre posadas, ventas y mesones junto al camino de Esmeraldas.

Por no haberse cumplido los objetos que se propuso la ley de 16 de marzo de 1839 "con grande perjuicio de los pueblos y de la Compañía que tomó a su cargo la dirección de esta importante obra, por las medidas indirectas que empleó la pasada administración para anular el puerto del Pailón y estorbar los trabajos materiales del camino de Carondelet", la Convención Nacional de 1846, el 7 de febrero, dio un decreto por el cual desde el 1º de enero de 1847, hasta seis años después, no debían cobrarse "en el puerto del Pailón y camino de Carondelet, ninguna clase de derechos de importación ni peaje", pero estableciendo "por dos o tres años sin término una contribución extraordinaria en la Provincia de Imbabura, hasta cubrir el presupuesto formado para la apertura del camino de Carondelet, de cuatro reales a veinte pesos por persona", cuya clasificación deberían hacer los Concejos Municipales. El Presidente de la Convención fue Vicente Rocafuerte y el de la República, Vicente Ramón Roca.

El 11 de Noviembre de 1865, el Congreso aprueba en todas sus partes el contrato celebrado con el señor Miguel Parys Moreno, para la construcción de un camino de Otavalo e Ibarra

hasta San Lorenzo del Pailón. Se ejecutoria el 14 de noviembre de 1865 siendo Presidente de la República Jerónimo Carrión.

El 30 de Agosto de 1869, se da una ley sobre el establecimiento de tambos en el camino de Esmeraldas.

García Moreno preocupose en su administración de la conservación, cuidado y adelanto del camino al Pailón. Quiso también buscar salida al mar por Intag. Aún se descubre en ciertos sitios trozos de la vía.

El 23 de setiembre de 1873, el Senado y la Cámara de Diputados, autorizó al mismo García Moreno para que hiciera construir un muelle en la Bahía de Coquito y un ferrocarril de sangre desde el muelle a Esmeraldas. Es ley el 10 de octubre.

La Convención de 1884, el 27 de febrero ordena "la inmediata apertura de un camino de herradura" de la ciudad de Ibarra al Pailón. Señala fondos y crea juntas consultivas en las capitales de Imbabura y Esmeraldas, facultando al Poder Ejecutivo para celebrar contratos, sobre este aspecto. Es ley el 5 de marzo del mismo año, siendo Presidente José María Plácido Caamaño.

Pero el Congreso de 1885, el 8 de agosto, decreta que el camino del Pailón no puede realizarse "por la angustiosa situación del Erario", y por tener que atender a la conservación del camino del Norte, desde Malchinguí a Otavalo, correspondiendo a este Municipio su vigilancia. Se ejecuta el 13 de agosto en la misma administración.

Cambia el proyecto de un camino de herradura a Esmeraldas, por la construcción de una línea ferrocarrilera. Toca al Congreso extraordinario de 1886, el 15 de Agosto, autorizar al mismo Presidente Caamaño, "para que contrate ad-referendum, con los señores Juan G. Enrique Finlay y Francisco W. Wiswel o con cualquiera otra persona o Compañía que ofrezca ventajas, una vía férrea servida por vapor, desde San Lorenzo hasta la ciu-

dad de Ibarra", El 19 del mismo es ley. Se firma el contrato el 21 y se pone el ejecútese el 24, esta empresa se llamó Ferrocarril del Pacífico. Los trabajos debían empezar después de año y medio de aprobado y firmado legalmente el contrato, y debían terminarse después de seis años. La vía debería tener 915 milímetros de ancho, con gradientes del 3 y cuando más del 4 por ciento, con curvas de un radio no menor de 49 metros, con durmientes de hierro o madera incorruptible, con dos estaciones, una en cada punto terminal y pequeñas en los puntos intermedios. Además, un muelle en San Lorenzo. La empresa iba a tener el privilegio exclusivo por 99 años, con el aprovechamiento hasta de la aduana de San Lorenzo.

Este contrato caducó y es un Sr. Federico Wesson, representado por Wiswel, quien toma la empresa en idénticas condiciones que la anterior. El Congreso de 1887, el 8 de agosto, aprueba la propuesta y autoriza al Presidente Caamaño celebre la correspondiente escritura. El contrato se promulgó el 20 de agosto. Los trabajos de esta "Compañía del Ferrocarril de Quito y el Pacífico" debían iniciarse el 10 de Julio de 1883 y debían terminarse seis años más tarde.

No hay resultado concreto. Se declara caducado el contrato.

En 1894, la "Sociedad Anónima del Pailón", formada por capitalistas de Quito, elevó una solicitud al Congreso pidiendo la facultad de construir por su cuenta la línea férrea Ibarra-Pailón. Se concedió el permiso el 17 de agosto, poniendo el ejecútese el 24. Pocas son las concesiones hechas por el Gobierno de Cordero y en cambio se imponen condiciones tirantes que no se había impuesto a las compañías anteriores.

La no iniciación del trabajo es el resultado inmediato.

Cada administración, en lo sucesivo, irá endulzando a los pueblos del Norte con sólo promesas. Quizá al Gobierno de Alfaro no le faltó buena voluntad. Quiso efectuar la obra pero los que le rodearon impidieron en cierto modo la realización. La

Asamblea Nacional de 1897, el 1º de abril, sólo ordena la construcción del camino de herradura, entre Ibarra y Esmeraldas. Señala fondos. Crea una junta administrativa con la atribución de contratar empréstitos. Se ejecuta el 8 de abril del mismo año.

Por esta misma época se hacían estudios sobre el puerto de San Lorenzo, el "único puerto", al decir del Ingeniero Eaton, pues tenía un nivel de 25 pies, sobre las más altas mareas.

En 1905, siendo Presidente Lizardo García, el Congreso aprueba por un decreto del 19 de octubre, ejecutado el 28 y promulgado el 7 de noviembre, un contrato "celebrado por el Ministro de Obras Públicas y el señor Barón Bandouia Van Dedem, por su propio derecho y como representante de un sindicato franco-ecuatoriano, sobre la construcción de un ferrocarril" que partiendo de un punto de la costa de Esmeraldas termine en la Capital de la República, pasando por Ibarra. Es Presidente del Senado José Luis Tamayo. De la Cámara de Diputados, Modesto A. Peñaherrera y Ministro de Obras Públicas, Gonzalo S. Córdova.

Las gestiones para firmar el contrato se prolongan. Un decreto legislativo del 5 de febrero de 1907 autoriza al Ejecutivo a que celebre con el señor Federico Steffan, representante de Van Dedem, el contrato por escritura para la construcción del ferrocarril "Pacífico-Ibarra-Otavalo-Quito". La explotación se le concedía por 66 años y se entregaba a la Compañía en propiedad los terrenos, a uno y otro lado, en toda la longitud, treinta metros de ancho en los terrenos nacionales y diez en los particulares. El Gobierno hizo algunas modificaciones a las bases presentadas, como la alternabilidad en la extensión de la línea, de terrenos nacionales con los que iban a adjudicarse a la Empresa. Steffan aceptó el 14 de febrero y se ejecutó el contrato por Eloy Alfaro el mismo día.

El 4 de Mayo de 1913 se forma en Quito una Junta para promover la realización del ferrocarril. Quizá por sus gestiones, el 30 de agosto de ese año, el Congreso ordena al Ejecutivo cons-

truya una línea férrea entre Esmeraldas y Quito pasando por Ibarra. Se ejecuta el 6 de setiembre por Leonidas Plaza G.

Luis Antonio Pallares, como Presidente del Senado, el 24 de febrero de 1914, decreta que la Junta formada en el año anterior siga en sus funciones con el carácter de consultiva. En este mismo año se dan impuestos para el ferrocarril.

El Congreso de 1915, el 5 de octubre, expide un decreto cuyos dos primeros artículos dicen: 1º.- Proceda el Ejecutivo, sin ningún retardo a la realización de una vía férrea con motor eléctrico, siempre que técnicamente resultare conveniente, de Quito a Esmeraldas, procurando que la línea pase de preferencia por las ciudades de Otavalo y Cayambe, siempre que fuere posible, según el informe de los técnicos. Art. 2º.- Se construirá primeramente la sección comprendida entre Quito e Ibarra; y al mismo tiempo que se hagan los estudios y trabajos preliminares de la obra, se procederá también a la instalación de una planta eléctrica capaz de producir la fuerza motriz necesaria para el objeto, caso de haberse decidido que el ferrocarril sea con fuerza eléctrica. Art. 3º.- En la ejecución de la obra se invertirán todos los fondos destinados a este ferrocarril, según decretos legislativos.

Es Presidente del Senado, Baquerizo Moreno y de la República, Plaza Gutiérrez. Se pone el "Ejecútese" el 14 de octubre.

El 8 de octubre de 1916, ejecutoriado el 13 y ya en la administración de Baquerizo, el Congreso decreta se continúen los trabajos Quito-Ibarra, al mismo tiempo que debían verificarse los estudios, localización y construcción de la línea desde el puerto de San Lorenzo del Pailón u otro punto de Esmeraldas. Señala fondos y permite al Gobierno contratar empréstitos internos o externos, a fin de que se haga en el menor tiempo posible y con la mayor economía. Aclara que los fondos destinados en la ley de 6 de setiembre de 1913, se asignarán a la construcción del ramal Ibarra-Tulcán, tan pronto como se halle concluido el ferrocarril Quito-Esmeraldas.

A raíz del decreto descentralizador de rentas del ferrocarril (1915), se formaron en Quito dos comisiones de ingenieros para localizar la línea. La una integrada por K. Rintelen, G. Noroña, J. Gómez Gault y Rafael Dávila. La otra, por W. C. Simmons, J. I. Vela y Carlos Egas Valdiviezo. Recorrieron Quito, el Inga, Pifo, Quinche, Cayambe, Pesillo, Zuleta e Ibarra por el lado oriental. Quito, Tanlahua, Perucho, San José de Minas, Otavalo e Ibarra, por el occidental. La primera se inclinó por esta ruta: Quito, Cotocollao, Pomasqui, San Antonio, la Providencia, Guailabamba, Otón, Cayambe, Cajas e Ibarra. La otra, saliendo del Ejido o de Chimbacalle, por Guápulo, Cumbayá, Tumbaco, Puembo, Yaruquí, Quinche, Otón, Cayambe, Cajas e Ibarra.

Gómez Gault, afirmó que no había sino dos líneas aceptables: primera, Chimbacalle, Tumbaco, Puembo, Yaruquí, Quinche, Otón y Cayambe; segunda. Ejido, Cotocollao, Calderón, confluencia del Pisque con el Guailabamba, Tanda y Tabacundo, declarando preferible la primera y siendo de la misma opinión el ingeniero Wulckow.

Una comisión dirimente compuesta de Héctor Dueñas (Director de Obras Públicas) y W. G. Fox, afirmó era preferible la línea oriental. Al fin se aceptó la línea Puengasí, Cumbayá, Puembo, etc.

Como conclusión, de estas diferentes localizaciones, se nota que la línea no debía pasar por Otavalo, corriendo esta ciudad, principal centro de negocios, de comercio y de industrias de Imbabura, el peligro de quedar aislada.

El 20 de Febrero de 1916 se verificó una Asamblea Popular en Otavalo y organizó una junta con doble objeto: trabajar para que la obra se lleve a cabo y para que la línea férrea pase por la ciudad. Fue Director Provisional J. E. Borja. Designó como representantes a la Junta Provincial al Canónigo Pasquel y a J. D. Albuja y nombró a P. A. Alarcón, Presidente efectivo, quien duró en sus funciones hasta su fallecimiento, sustituyéndole Joaquín Saona.

El 23 de noviembre se organizó definitivamente la Junta Provincial siendo representantes de la de Otavalo, Agustín Rosales y Joaquín Sandoval. A fines de Agosto de 1916 se concluyeron los estudios y los planos de la Sección Pailón-Ibarra por la Casa "Orenstein Koppel, Arthur Koppel" de Berlín contratada para la dirección de los trabajos. La extensión de esta parte es de 198 kilómetros con un costo de 13 millones 700 mil sucres, más 600 mil para la construcción del puerto de San Lorenzo.

Con anterioridad la Casa White quiso hacer el mismo arreglo.

IV

Mientras en la Provincia de Pichincha seguíanse los trabajos, gracias a las órdenes legislativas y a las actividades de la Junta Consultiva hasta junio de 1916, a partir del 915 Imbabura se agitaba nerviosa, inquisitiva, amenazante. El Ferrocarril era su sueño...

La orden dada en el mes de julio de 1917 para la inauguración de los trabajos el 10 de agosto, calma las cóleras contenidas y aumenta los ardores de entusiasmo. Los hijos de la Provincia se congregan en Ibarra. Son muchos. Otavalo no podía faltar. Y llegan a las cinco de la tarde del día nueve en un numeroso contingente. Los de Otavalo —por no encontrar alojamiento— se tendieron a descansar en los atrios de las iglesias cerradas, en los portales, y en las piedras de las calles... A las siete de la noche desfilaron más de seis mil hombres: un ejército pacífico armado de sus propias herramientas... Nunca se vió, dice "El Ferrocarril del Norte" —publicación ibarreña— una manifestación de tal clase.

El día 10 se congregan en el lugar de la iniciación de los trabajos, cinco mil hombres. Solemnemente es declarado el comienzo de la obra para Imbabura. Concluidas las ceremonias habla el Canónigo Pasquel. Es el minuto intenso... Imbabureños —dice— os habéis congregado para jurar que la obra se llevará a cabo a través de todo obstáculo y que, si fuere menester, fertilizar el suelo de

Imbabura con nuestra sangre, para que sobre ella se extiendan las cintas de acero del sublime monstruo, estemos listos a este sacrificio, en aras de nuestro propio engrandecimiento y prosperidad. Juráis defenderla?... Cinco mil cabezas están descubiertas, cinco mil brazos se extienden con gravedad suprema y cinco mil bocas pronuncian: ¡juramos!

El 11 se continúan los trabajos. 400 hombres arreglaban la vía en "Yacucalle".

Por esta época se concluían los terraplenes de Quito a Cumbayá, en los cuales trabajaron las colonias imbabureña y carchense y los universitarios del Norte. Más tarde toca al batallón "Córdova" trabajar en Puembo (km. 41) y la quebrada del Chiche, correspondiendo al Zapadores Chimborazo concluir el relleno sobre el puente de Tumbaco (enero de 1919).

El 15 de agosto, Cotacachi envía su contingente. Son 347 trabajadores que hacen su faena el día 16. El 18 trabaja Zuleta con 250 hombres. El 19 de agosto, 600 ibarreños; el mismo día 500 hombres de la parcialidad de Carabuela (Otavalo), junto con contingentes de San Antonio y Angochagua, preparan dos kilómetros, alcanzando el trabajo total a seis kilómetros.

24 de agosto, Tumbabiro y Cahuasquí, con 300. Día 27, San Antonio, 700. Imantag, 350. Hay cooperación de los peones de las haciendas "Yaguarcocha" y "Yacucalle". 31 de octubre, Pimampiro, Ambuquí y los negros del Chota, 250. También trabajan las haciendas de "Pugacho" y los barrios del Ejido y Hondoyacu.

Mes de setiembre. "El dos del presente, el cantón de Otavalo —dice "El Ferrocarril del Norte"— ofreció a nuestras miradas un espectáculo tan grandioso que sobrepujó a todos nuestros cálculos y creemos que aún al de los mismos otavaleños. Cerca de 4.000 personas eran las que al son de aires marciales, entraron a esta ciudad "Trabajaron el día tres, desde las cinco de la mañana hasta las cuatro de la tarde. "Las personas pudientes de Otavalo contri-

buyeron con su cuota pecuniaria a fin de atender a los trabajadores en las horas de descanso. Las fábricas "La Joya" y "San Pedro" ofrecieron una buena suma de dinero, así como los operarios de las mismas dieron en plata su jornal".

El seis, sale el cuerpo de empleados civiles, municipales, Colegio "Gómez de la Torre", etc., de Ibarra a trabajar en "La Palestina". Los días siete y ocho, 200 mireños (Carchi), peones de la hacienda "Mascarilla" y el Batallón "Vencedores". El diez, Atuntaqui con 600 trabajadores; hicieron un kilómetro y llegaron a "Tanguarín" El once, 300 sanroqueños a los que se agregaron los rezagados de Atuntaqui. El 16, 800 mujeres de Caranqui tienen minga con el objeto de depositar piedras en el lugar donde se hacían alcantarillas. El 18, hacienda "Aqualongo" con 100 peones. El 24, 500 ibarreños. El mismo día llegaron 300 de la parroquia de Bolívar (Carchi) y trabajaron los días 25 y 26. El 27, 60 peones de "Lulunquí" y "Aluburo".

Mes de octubre. El día tres, Cotacachi con 700. El 9, San Antonio y la Esperanza. El 12 vuelve la Esperanza con 300, junto con los peones de las haciendas "El Abra" y "San Juan". Día 14, llegan de San Isidro y El Angel, a la una de la tarde, 800 hombres, (Carchi), llevando en sus sombreros una divisa blanca con esta inscripción: "Imbabureños, viva el ferrocarril!" El señor Elías Cadena, maestro de escuela de El Angel, habló desde su caballo: "El Soberano Congreso de la República ha tenido a bien ofrecernos un ramal del ferrocarril hasta Tulcán. Muchas gracias por el ofrecimiento, pero queremos que el Congreso, el Gobierno y el Ecuador entero sepan que lo que nosotros deseamos y exigimos, no es precisamente un ramal del ferrocarril a la capital del Carchi, sino que el silbido de la locomotora, después de atravesar las vírgenes selvas de Esmeraldas, vaya a repercutir en las límpidas ondas del Pacífico". Trabajaron los días 15 y 16, dejando abierta una trocha de más de un kilómetro.

El "Vencedores" sale por segunda vez. Noviembre. El día cinco, Atuntaqui con 400 hombres. El seis, repite con 300. Trabaja la peonada de la hacienda "Chorlaví" Se ha llegado al ki-

lómetro 12. Siguen los trabajos sin interrupción hasta el mes de enero de 1918. En Agualongo trochan 2.000 otavaleños, dos días. El día trece salió un contingente de Ibarra. El 14, trabajaron con 1.150 hombres que llegaron a la tarde a 1.500, contados los de Caranqui y San Antonio. El 15 se aumentaron con los contingentes de Atuntaqui y San Roque.

A las dos de la tarde de este día se verificó en Pinsaquí la ceremonia de entrega de los trabajos al cantón de Otavalo. Es el día en que se confunden los hijos de la provincia. "Desde aquel momento, las glorias y los triunfos de Ibarra, iban también a ser glorias de Otavalo y Cotacachi; así como la grandeza y éxito de los hermanos de Otavalo y Cotacachi serían grandeza y éxito de Ibarra", al decir de A. N. Recalde, Presidente del Municipio de Ibarra. El Canónigo Pasquel tuvo frases laudatorias. "La inauguración solemne de hoy, amados otavaleños, es el testimonio elocuente de admiración y gratitud que ante la faz del mundo civilizado os damos por vuestro práctico, decidido y eficaz esfuerzo en los trabajos que se han realizado en la sección Ibarra". Estaban concluído 19 kilómetros!

Ibarra había cumplido su juramento. Tocaba desde entonces a Otavalo el esfuerzo máximo. La sección más larga y difícil. Pero esto no importaba...

Para la recepción de los trabajos, el mismo día 15, a las diez de la mañana, se organizó el desfile de los trabajadores de Otavalo, presidido de un grupo de señores y señoritas, del Concejo, de la Junta cantonal, del Club "Progreso", Sport "24 de Mayo", Sport "10 de agosto" y Sociedad Artística; iban en número de 4.000. Desde aquel día se organizaron una serie de mingas, siendo una de las principales la que empezó el 4 de febrero y terminó el 23, con estos contingentes: 200 de Ilumán, 500 de "El Jordán" (en dos contingentes), 300 de San Luis y Quichinche, 175 de San Francisco, 100 de Espejo, 200 de San Rafael y 160 de González Suárez, trabajando cada parroquia dos días consecutivos. En el mes de marzo se inician nuevos contingentes con 500 de San Pablo que vializan el día primero y dos. Trabaja el "Vencedores"

en la sección Quinchuquí y Peguchi. Los días cuatro, cinco y seis, un poderoso contingente de Cotacachi trabaja en la sección de Ilumán y en los potreros de Quinchuquí, uniendo su trabajo con el de los "Vencedores" en Peguchi. Esta unidad sigue desde aquí hasta Monserrate. Ha laborado un mes, aportando cada semana un contingente de 100 hombres.

El 7 y el ocho trabaja Imantag (Cotacachi) en la quebrada de Ilumán y potreros de "Chichavo", sección que no se la había hecho por necesitarse una rectificación.

El día trece, los trabajos avanzan al kilómetro 25 (San Sebastián), sección que efectúa por su cuenta la Sra. Mercedes Auz.

El 15 de Marzo se verifica una minga de 4.411 hombres, a los cuales se agrega la tropa del "Zapadores" N° 2 que llegó el 20 en reemplazo del "Vencedores". La minga continuó fervorosa. Algunos pueblos del cantón Otavalo trabajaron 8 días seguidos, distinguiéndose la parroquia El Jordán (urbana). En el Socavón y en los zig-zags de "Reyloma", las mujeres de Quichinche y una buena parte de las de Espejo hacen su tarea. El club "Verdún", compuesto de muchachos, y aún los niños de la escuela "Diez de Agosto" de Otavalo cooperan con su esfuerzo en este lugar.

Siguen contingentes menores hasta el mes de abril que es mes de trabajo intenso. Mayo pasa de igual manera. El 4 de mayo se inicia un nuevo período de contingentes, avanzando hasta el kilómetro 31. El doce de mayo toca el turno a San Rafael e Ilumán, encabezados por la Sociedad Artística, el Sport "24 de Mayo" y los Tenientes Políticos. Trabajan numerosos grupos de mujeres. Siguen los contingentes de San Pablo y González Suárez. El entusiasmo no decae, no obstante las voces de desaliento que llegan de los cuatro puntos cardinales. En Quito se habla mal de las mingas. Se niega su importancia y se las cree demasiado caras. Hasta el Fisco se niega a proporcionar el dinero para agasajarlas. Nadie tuvo en cuenta que los trabajos de Ibarra a Cajas se efectuaron casi gratuitamente. Razón tenía el ingeniero Eugenio

Schvingt, al decir: "que vengan a Otavalo aquellos pobres pesimistas y se convencerán que el ferrocarril es un hecho".

Por esta misma época, el ingeniero Wendt dio comienzo a los trabajos en la sección San Lorenzo. El 18 de junio se prepara el quinto turno de contingentes voluntarios. El 29 de junio se llega al kilómetro 32, empezando este día el primer contingente de Otavalo.

Tenemos este orden de trabajo: julio 29 y 30, mingas de San Rafael con 493 hombres, remueven 1.078 metros cúbicos. El 31 de julio y el primero de agosto trabajan 494 de el Jordán y ejecutan 1.268 metros cúbicos. El 5 y 6 de agosto, Quichinche con 352 hombres. El día 9, el contingente de Ibarra compuesto de 971 hombres. El mismo día, la hacienda "San José" con 172 trabajadores. Cotacachi, 931 hombres. Ilumán, en los días 21 y 22 de agosto, con 630. González Suárez, días 26 y 27, 372 trabajadores. Espejo, días 28 y 29, con 364. San Luis (urbana), 3 y 4 de setiembre, con 276. San Pablo, días 5 y 6, con 528. En este turno trabajaron 5.583 hombres. El 23 de setiembre de 1918 se hacen reformas a la ley de construcción del ferrocarril. —El Gobierno con las Juntas podía contratar empréstitos y hacer las agencias convenientes para recaudar los terrenos ocupados en el Pailón por los ingleses.

La actividad aumenta. Pero seguir minuciosamente los pasos dados por Otavalo, sería materia de un libro. Ha dado todo. Sus hijos están agotados y sinembargo sigue adelante. El 12 de agosto está en el kilómetro 29. El 25 están concluidos 31, mientras en Pichincha sólo hay 24. El 6 de junio de 1919, el "Marañón" trabaja en el km. 48 con 215 hombres, durante un mes y sólo se retira por enfermedad después de remover 7.965 metros cúbicos.

El 15 de junio, según Wulckow, faltan sólo cinco kms. para llegar a la Provincia de Pichincha. Y al fin se llega después de una lucha sostenida. El 9 de octubre se verifica la entrega oficial de los trabajos a la provincia hermana.

6.000 otavaleños estaban congregados, dos días antes para verificar los últimos trabajos, ya en territorio cayambeño. La línea en Otavalo ha sido concluida totalmente. Pero esto no impide su último esfuerzo. Otavaleñas son las múltiples cuadrillas que trabajan en el camino hasta Cayambe, más aún, hasta Otón y el Quinche, porque Otavalo vive con la obra.

Con las contingentes de Cayambe y Tabacundo que han llegado el 9 por la mañana, en Cajas hay más de ocho mil personas. Se hace la entrega oficial. Habla el Gobernador Villalba. "Pecaría de injusto —dice— si de manera especial no recordase al Jefe Político de Otavalo, señor C. Alberto Egas, quien con entusiasmo y actividad ha proporcionado grandes contingentes de trabajadores. Y he aquí al industrioso y simpático cantón Otavalo que siempre ha sabido distinguirse y que ha sido la palanca poderosa para incrementar los trabajos del ferrocarril".

Además del trabajo material, en que han tomado parte todas las autoridades, centros y todo el pueblo imbabureño, la provincia he hecho su trabajo intelectual. El Ferrocarril del Norte, Grano de Arena, publicaciones de Ibarra; Germen, Labor, La Pluma, el semanario Adelante y Evolución, de Otavalo, y la Voz, de Cotacachi y todas las publicaciones que han aparecido, han luchado por la obra, como seguirán luchado hasta que llegue al mar.

Y después... Tabacundo y Cayambe siguen el ejemplo de los pueblos del Imba. Y un día la carretera queda expedita para recibir los rieles (Diciembre de 1925).

El 16 de setiembre de 1919, la Junta Cantonal de Otavalo pide al Congreso se aumente fondos para el ferrocarril Quito-Esmeraldas y Sibambe-Cuenca. Y el 28 de setiembre, por esta iniciativa, se reforma la ley de construcción del ferrocarril, asignándole fondos. El 23 de octubre se hacen otras reformas y se aumentan los fondos por considerar, los destinados, como insuficientes. Agrega las entradas de la aduana de Esmeraldas y faculta a las Juntas de Ferrocarril a contratar empréstitos. (El Gobierno

no pagó las aduanas). El 23 de mayo de 1920, un comicio popular otavaleño envía al Ministro de Obras Públicas un acuerdo por el cual se exige al Gobierno el inmediato comienzo de los trabajos desde San Lorenzo de acuerdo con la ley que lo ordenaba y que no se había cumplido.

El 2 de noviembre del mismo año, se dan nuevos fondos, reglamentándose el 27 algunos impuestos.

El 17 de agosto de 1923 se aumentan los fondos.

El 12 de marzo de 1924 por no haberse cumplido una cláusula del contrato formulado para la construcción del ferrocarril, se busca un nuevo empresario y el 6 de febrero de 1925, ante el escribano Luis Paredes Rubianes, firmaron el contrato el Ministro de lo Interior y Obras Públicas, Pío Jaramillo Alvarado y John Cleveland Dobbie y Walter Charles Simmons para la construcción del ferrocarril, contrato que en principio, fue criticado por el semanario "Adelante" de Otavalo.

Con la caída de Córdova, las Juntas Militares consideraron oneroso este contrato, pero no llegaron a modificarlo.

A principios de mayo de 1920 se tiene noticias de la llegada de dos locomotoras y un cargamento de rieles a Guayaquil. El ingeniero Martín Dunn arma la locomotora número 2, haciéndose la prueba el 8. El 20 llega a Quito a las dos de la tarde, esbelta como una hembra hermosa y codiciada. En San Miguel de León la orlaron con flores. El 24 de mayo se inaugura la enrielladura, que en los primeros días reviste un carácter de agitación febril. El 2 de julio se llega a Lumbicí, anexo de Cumbayá. El 7, al km. 13 y los trabajos se detienen. Y después de un año, se inaugura recién el 14 de agosto de 1927, la llegada de la locomotora a Cumbayá. Tumbaco la recibe el 18. El primer paso del puente Ayora (Guambi), en donde el Presidente ofrece que el ferrocarril se hará "cueste lo que costare y pese a quien pesare", se verifica el 13 de noviembre y el mismo día llega a Yaruquí.

El paso por el puente Moreno (Iguñaro) y la inauguración en el Quinche se efectúa el 6 de enero de 1928.

Nuevos contratiempos. El 25 del mismo mes, el Gobierno exige a la Compañía el pago de sus obligaciones. Dobbie y Simmons intentan un arreglo. Pero el 8 de febrero se considera caducado el contrato, "en vista de que la empresa no cumplió lo convenido, la financiación de los seis millones y que ha vencido el plazo estipulado, sin que las obras corresponda a las sumas recibidas". El 13 de febrero, el Presidente Provisional decreta que el Ministro de Obras Públicas proceda a recibir el ferrocarril. El 17 se inventaría el material y se recibe la obra, quedando ésta, desde entonces, bajo la dirección de Obras Públicas.

Con la poca existencia de rieles se continúan los trabajos y el mismo 17 se reanuda el tráfico suspendido por unos días.

La parroquia de Otón recibe la locomotora el 29 de marzo de 1928. Después llega el material suficiente de rieles y avanza a Cayambe el 27 de junio de este mismo año.

Al fin, en este día feliz, después de largos años de una espera dolorosa en la que se ha saboreado el engaño y la perfidia de los hombres, llega majestuosa y hace su entrada de gloria al pueblo que le ha consagrado sus mayores esfuerzos... Y?...

"Imbabura", Nos. 3 y 4, septiembre-octubre de 1928.

BORDES ETERNOS

Francisco H. Moncayo

Despierta la mañana. Se descorren los tules. Girones de albas nubes. Velos que al primer beso del sol se arremolinan, se fragmentan y van desapareciendo... La pupila del astro se abre plena de claridad. Y el Imbabura se estremece de gozo. En la ca-

beza de este viejo león dormido, altar de gloria de la raza se crisan los dardos matutinos... A sus faldas, "San Pablo" se despereza inquieto, en sus abluciones diarias. Cusín es un insecto azul. Cunru, un muchachote que avizora las breñas plateadas del Cayambe... Hacia el sur, el sur lejano, cerrando un ángulo, la negra sinfonía del Mojanda. Crestas erizadas con su duelo. Rostros agrios y sombríos que velan en silencio, el sueño de las siete ninfas de cristal, que duermen impasibles su sueño de tristeza, arrulladas por los vientos parameros.

Almohadón mullido, Quichinche se tapiza con la carne morena de sus mieses. Recibió la caricia mañanera y será también la que reciba el último suspiro de la tarde. Lecho descubierto; el Cotacachi levanta su testa blanca y lanza su bostezo helado que quema la sangre. Viejo Cotacachi. Vestido de gala, se avergüenza de sus días de cólera, de sus rugidos roncós y su baba destructora que rompió despiadada el concierto, la idílica paz de la provincia. Parece que hay huellas de lágrimas en sus ojos. Asama. Más cerca Cotama. Cierran el marco por su lado. Los vientos fríos del norte se detienen absortos, pensativos, en los umbrales de esta puerta. Y perdiendo sus violencias, elevan sus canciones en los bosques espesos de eucaliptos de Quinchuquí y Peguche. Reiloma, Pucará, son ventanas abiertas. Alfombradas con el verde de los maizales. Por sus laderas vagarán los pastores y mientras sus ganados repletan sus vientres con la yerba, ellos llenarán sus espíritus con los lamentos de las flautas delicadas. En el seno, forjado por los altozanos, acariciada por las ondas del Tejar y del Machángara, fresca, hermosa, con el perfume delicioso de sus jardines, Otavalo, –luz de la mañana recién nacida– es la hembra que canta la eterna canción de primavera. Tierra pródiga, romántica. Pueblo sano. Es la crátera amorosa de juventudes fuertes. Con sus casitas apiñadas, como un manojo de gracia, con sus contornos gallardos –suelo hospitalario, rinconcito imbabureño– en medio de sus caminos ofrece el calor de sus cariños, llamando a los que sufren para que puedan detenerse en sus andanzas y encontrar para el dolor sangrante, el perfume de las consolaciones.

"Imbabura", Nos. 3 y 4, septiembre-octubre de 1928.

TURISMO

Otavaló tiene varios problemas que resolver para convertirse en el centro de turismo que está llamado a ser. Para poder nombrarse ciudad de recreo.

Vía de comunicación ya tiene una, si bien trunca. Pero se completará algún día porque su terminación es un imperativo de conveniencia, eficacia y civilización. Se puede decir que la acción gubernativa ha subido a la media tarea. Sólo cuando el camino férreo llegue a San Lorenzo la obra estará completa. Aparte de la obligación que los pueblos del Norte tienen de luchar sin descanso para conseguir el cumplimiento de este ideal, a cada uno de ellos le toca mejorarse.

El mejoramiento de Otavaló ha de efectuarse tomando como punto de partida el fin ya señalado. La afluencia de turistas. Los visitantes que de todas partes comenzarán —como ya han comenzado— a llegar.

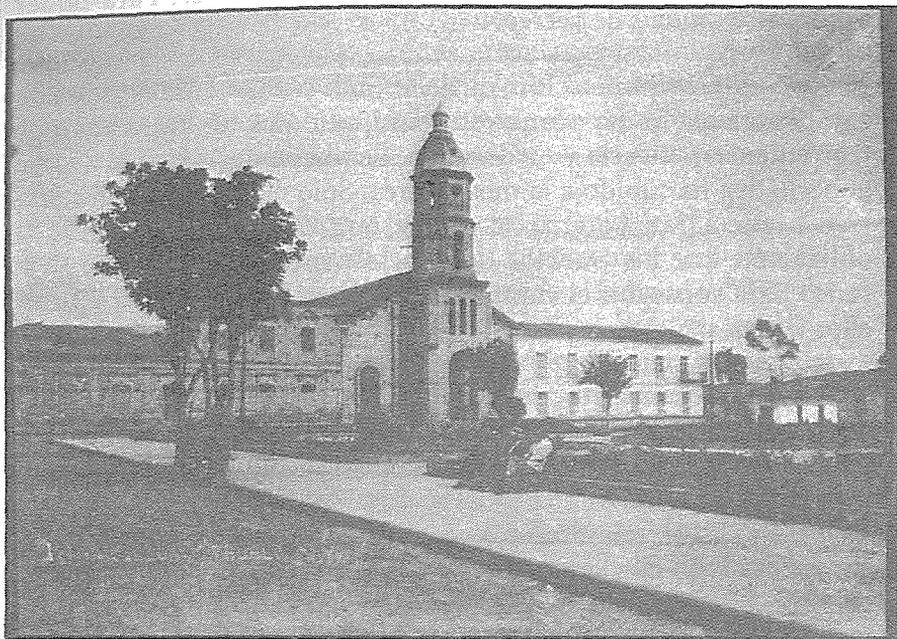
Pensando en ellos hay que modificar la ciudad.

Necesita —en primer término— servicios higiénicos completos y modernos. Canalización de toda la ciudad, problema de no muy difícil solución, según los técnicos. Agua potable porque la que hoy se usa no merece íntegramente el nombre de tal. Construcción de nuevos baños y arreglo y ensanche de los ya existentes. Establecimiento de hoteles, pensiones, casas de recreo que aprisionen la inquietud de los viajeros siempre deseosos de confort y alegría.

Además, una intensa propaganda de las virtudes, de las bellezas de las aguas y del paisaje. Propaganda frecuente de las facilidades que para la vida mariposeante del turista presta la ciudad pequeña y activa.

Únicamente con un rudo trabajo persistente en estos sentidos se obtendrá elevar de rango a la ciudad. No es labor de días,

ni de pocos años. Es brega que ha de durar mucho tiempo. Y en la que no se requiere exclusivamente dinero –como se cree– sino que también decisión, buena voluntad y perseverancia.



Iglesia San Luis – Año 1926

Forzados a contemplar la realidad tal como es, en el caso actual hay que pensar en el trabajo subsiguiente a la llegada del ferrocarril a las provincias setentrionales. Despojarse de la ilusión del gobierno que reparte dones, y arrimar el hombro a la tarea diaria e impostergable de mejorar el país entero, empezando por componer las partes pequeñas. Esta es labor de cada pueblo, de cada ciudad, de toda agrupación de hombres, por pequeña que sea. Sólo el esfuerzo combinado de la iniciativa particular y el apoyo –moral más que otra cosa– de la entidad Estado, será capaz de señalar un nuevo rumbo a la existencia de estas regiones.

"Imbabura", Nos. 3 y 4, septiembre-octubre de 1928.

POR LOS CONTORNOS

J. Ignacio Narváez

Nos hallamos frente a la pompa de la región. Por doquiera surge una promesa de dicha. El ambiente está saturado de paz eglógica.

No hay apresuramientos. La calma —esta buena señora— se ha impuesto en los contornos. Las mieses maduran despacio. Y, con paso lento, tras de la yunta vuelve el indio a abrir el largo surco.

El camino, amodorrado, se reclina en la pendiente; después se pierde en lontananza.

Las buenas gentes se asoman a los corredores de sus casas. Nos miran con curiosidad. Sus ademanes no tienen asomo de inquietud. Aladean con el pie la mazorca separada del montón; la reintegran a él. Se inclinan. Una rama o un haz de hojas secas para la cocina. Increpan al perro que nos sale al paso con ladridos furiosos. Pasamos. Todo lo mismo que antes. Gestos y actitudes: precisos.

En este ambiente pastoril, ajeno a preocupaciones, los poblados, con algunas decenas de gentes humildes y sencillas, aparecen subrayando los caminos, o reclinados en el llano, como un rebaño cuyo pastor duerme la siesta, o en las laderas, como una manada dispersa de reses bravías.

Los pobladores no ambicionan mucho. La casita con puertas a la vera del camino y la huerta. Eso les basta. La simplicidad del alma campesina no ve más allá del presente cómodo, repleto de abundantes cosechas y numerosas crías de ganado. Nos ven pasar. No les importa nuestra intrusión. Prosiguen con su risa fresca y sonora en los labios. No se inmutan a pesar del vestido desaliñado que llevan. Es que viven con la convicción de que todos son miembros de una misma familia en la cual no caben recelos. No

nos conocen. Sin embargo nos saludan. Los hombres se tocan respetuosamente el sombrero. Se insinúan. Nos dan indicaciones, no son interesados. Tienen gusto en poder servirnos en algo.

Los domingos en los poblados. La policromía de los trajes luce en los dinteles de las puertas. Las mujeres se sientan formando escala y arremangado el centro nuevo para no hacerlo de tierra. Hablan de la sencillez de la vida rural. En la plaza, de ordinario desolada, donde el buen sol agosta la frescura de las hierbecillas, juegan los hombres a la pelota. Sudorosos, agitados, sus apuestas no aminoran el entusiasmo de las partidas. No hay más diversión. A la tarde, algún mozo hace vibrar las cuerdas de la guitarra y acompaña alguna canción melancólica.

Estos son los poblados. Refugio de tranquilidad. Limitación del dolor humano. Son la risa ingenua que se dispersa en el claro del día y siembra de felicidad las almas.

Nuestros poblados. Los evocamos con singular cariño. Ellos pusieron todo su entusiasmo en la faena. Trabajaron como gigantes en medio de su pequeñez admirativa. Silenciosos, no reclamaron el elogio. No pensaron, ni remotamente, en el alcance incalculable de la obra cuyo advenimiento apresuraban. Ciegos, pero fervorosos, arrancaron al presente un jalón para el mañana. Y hoy que, absortos, mirarán pasar la máquina resoplante, portadora de una vida nueva y febril, estampamos un renglón cordial en esta página, como saludo cariñoso a los poblados que se alardean para ver mejor lo que siempre les será ajeno: el ferrocarril.

SAN PABLO.- Empezamos por los pueblecitos que rodean la pupila azul del Chicapán. San Pablo. Al tope del Cusín, donde comienza la rinconada, cortada en mitades por el Itambí, las casas se despliegan como alas de un bella garza. Su "Lourdes" se empina sobre una terraza. Desde allí se dominan los huertos casi siempre floridos. En las calles, gentes contadas. Dentro, en los rincones de la vivienda, buen número de los miembros de la familia arranca un sonido escalofriante de la fibra de la toquilla. Se teje sombreros y buenos. Esta actitud del trabajo nos embelesa. No nos atrevemos

a quitarles ni un solo minuto de tiempo con preguntas. Salta a nuestra vista la respuesta elocuente. Trabajan en silencio. Buscan el pan con nobleza. Bendecimos este gesto cotidiano. Pensamos que, después, por las calles agujarradas de San Pablo otra generación llevará la buena nueva del amor y la concordia a todos.

GONZALEZ SUAREZ.- Un manojito de casitas sobre un antepecho del alto de Cajas. Habitantes de caras terrosas y de ademanes resueltos. Pocos hombres. Están fuera; asomarán al anochecer conduciendo la recua que portó trigo y papas a la ciudad.

SAN RAFAEL.- Ha escalado el Mojanda más que ningún otro poblado. Desde la iglesia se domina el panorama del lago. Toques de sanjuaneros ponen una alegría entristecida en el ambiente. Llega un indio cargado de un envoltorio de *esteras*. Se detiene frente a la *Tenencia*; arrima su carga a la pared. Solicita permiso para el próximo San Luis. Es capitán coraza. Pasa ese año el cargo. Es tan sonora la fiesta, y, sobre todo, en San Rafael se juega toros en los días sanluisianos de música, de *puro* y de pifanos. El cura consiente la misa de los priostes. Buenas entradas. Sin embargo no se ve hasta ahora una piedra más en el frontis desmochado de la iglesia. Así la hemos visto desde niños. Buen San Luis todos los años.

ESPEJO.- Limpieza en el aspecto. Ordenamiento en las casas que flanquean el camino. Una hay sobre todas, la casa de la escuela. Graciosa y aseada. Atrae. Los pobladores se sienten impulsados hacia ese lugar. Es su orgullo la escuela. Viven arrobados en su contemplación. La maestría es buena, nos dicen. Tienen gozo de entregar sus hijos en manos amables. La vida de este poblado gira en torno de la escuela, de donde se prolonga una risa sana y optimista que inunda de calma el contorno.

ILUMAN.- No tiene el vecindario idílico del lago. Pero esplende con rara belleza. Al pie del Imbabura, formando una curva en la vía, limita dos intereses. Abajo, hacia el Ambi, el del latifundio; arriba, hacia el cerro, el del pedazo para todos.

De los corredores se esparcen frases a media voz. Nos saludan estas buenas gentes desde su poyo de labores. Dejan la monotonía del golpeo sobre la lana para vernos. Cuando hemos pasado, vuelve el ruido, que se prolonga hasta el fin y que viene de uno y otro flanco de la calle. Son buenos los sombreros de Ilumán. En las ferias del sábado se consumen rimeros de esta prenda de factura especial.

Los contornos están atestados de telares indianos.

Cae pronto la bruma. Nos envuelve. Nos imaginamos que las manos de estas gentes laboriosas han escarmenado la nube que amarraba la cabeza del Imbabura.

QUICHINCHE.- Hay que bordear todo el extremo norte de la loma de este nombre para llegar al poblado. Es reciente la construcción de la iglesia. Hubo muchos días de toros cuando se puso su última teja.

Gentes bondadosas. Pocas se quedan sin visitar la región subtropical de Intag. Nos devuelven con una sonrisa nuestra visita.

Estamos de vuelta. Hacia la ciudad, con un tesoro de dichas. Traemos en las almas una honda impregnación de paz frayluisleonina. Un bienestar que nos conforta. Algo como esa alegría pura y serena de la naturaleza, se ha adentrado en nuestro ser milagrosamente. No podemos negarlo: nuestros ojos se encuentran saturados de belleza, de la belleza sin igual de estos contornos. Si pudiéramos retener en nuestras pupilas, avezadas a mirajes fugaces, la visión plácida y encantada. Si pudiéramos seguir mirando siempre lo mismo...! Pero no. Llegamos. Con piedad y silencio, frutos de arrobamiento contemplativo. Nos sentimos purificados. Como si nos hubiesen bañado de amor y de esperanza, o nos hubiéramos llenado de perfume, de sol, de armonía y de gozo. Hemos llegado. Hasta el polvo que se

desprende de las suelas parece quedarse con humildad en el empedrado de la calle que comienza.

"Imbabura" Nos. 3 - 4, septiembre - octubre de 1928.

EL SALTO DE PEGUCHE

F. de M.

El agua límpida que huye de la taza inmensa de Chicapán corre tranquila en la planicie. Se estrecha bruscamente entre dos paredes de roca. De la colina reseca que corta el vallecito. El agua se inquieta. Ataca los flancos musgosos. Borda sus efímeros encajes en las orillas rojizas. Y siempre riendo, cantando su tonada monótona —origen de la flauta india— avanza con más ímpetu. En un solo músculo cristalino y tenso que se retuerce vivamente, repe- liendo sus grecas espumosas hacia la arenisca de los bordes.

Taja el hombre la tierra y se lleva —raptó industrial— el agua clara a las tierras oscuras y feraces de allá... Adelgaza el boa de cristal. Su murmullo se hace más tenue, más metálico. Las notas graves quedan atrás. Es un tintineo como de campanas el suyo, ahora. Fiesta indígena en la brecha de la loma. Jubiloso resonar de cascabeles acuáticos. El hilo puro —¡qué símil tan viejo!—, un hilo muy grueso —muchos miles de litros— se afina en la opresión de las rocas. Y cobra mayor velocidad.

De pronto el lecho termina. A cincel. En una escotadura gigante. Dividido el granito como una blanda pasta por un cuchillo. Pierde el agua su sostén. Bambolea. Vacila. Sólo un instante. Cae en un chorro disperso. En una enorme melena blanca que le naciera súbitamente al peñón envejecido. Su ruido metálico acrecienta. Megáfono tremendo. El aire rasgado con violencia se queja. Lucha bravamente. A dentelladas le arranca trozos a la cabellera líquida. Se aparta. Y deja caer al agua que se estrella. Se machaca. Se tritura en las rocas durísimas, sin aristas, del fondo

negro. De ese fondo visible sólo en las fracciones infinitesimales de tiempo que el agua sube en ejércitos de chispas por la reacción del choque, para volver a caer, envuelta en la masa densa, —perpetuamente renovada. De ese fondo que uno cree sentir contra la carne— desgarrándola, volviéndola papilla.

Ruge el agua herida en la profundidad del hueco. Imprecas antes de trenzarse —desordenada— para huir de nuevo —maltrecha y más blanca— en su interminable enroscarse. El lamento sordo, hecho de voces multitudinarias llega a la cara con un beso de gotitas finísimas. Penetra. Satura. Envolviendo en su ritmo evocador. En su estrépito que protesta. Quizá que refunfuña y amenaza.

Mojado ya, avanzáis el pie a trueque de resbalaros en un descuido fatal. Queréis que todo el ruido, el alarido inmenso se adentre en vosotros. Os posee la voluptuosidad del clamor del agua que golpea la piedra por los siglos. Tal vez sentís una secreta hermandad panteísta con la piedra y el agua magulladas. Os acercáis más, ajenos al peligro que hierve. El agua que cabrillea, late en circulación maravillosa y lanza espumarajos, se os vuelve amable. Lame los zapatos. Y se esparce amorosamente en vuestros vestidos. Los moja. Caricia íntegra. Y le perdéis el miedo. Es de esa agua, de esa misma que sacude sus mechones albos, de la que tomaréis unos sorbos para apagar la sed inexistente que os socarra la lengua y la garganta. De esa sed que no es sino estupor. Que tan solamente es asombro. Admiración, anonadamiento ante la belleza magnífica, perpetua y desenfrenada del salto que aturde y domina.

Regresáis. Apesadumbrados, pero con el alma liviana. Tal la de un creyente que volviera de sus cotidianos ritos. Hasta el postrer recodo del senderillo ensayaréis la mirada para una última impresión...

"Imbabura" Nos. 3 - 4, septiembre - octubre de 1928.

LA CALLE REAL

Sobre esta misma tierra plana, corrió la calleja del poblado indígena. Seguramente. Y antes de que los soldados de Puelles tendieran sobre esta parte del regazo de Madre América sus cordeles opresores, paseó por esta calle –tortuosa y libre– la planta rojiza del cacique. De las chozas –oro viejo bajo el sol espléndido– salían las caras curiosas de los súbditos. Las faces cobrizas se pegaban al suelo ante la nariz altanera del cacique que olfateaba enemigos en el viento destemplado del Norte...



Calle García Moreno y Atrio Municipal – Año 1935

Pero los enemigos vinieron del Sur... ¿Ultima vez? Pidieron oro. Asombraron su empequeñecimiento gregario de siglos con el revuelo de su pabellón de codicia. El indio no ambicionaba los bienes de la tierra. El blanco le trajo ese hostil y envilecedor señuelo. Y con él todas las fiebres, los crímenes de la civilización de Occidente, disfraz –más o menos culto– del afán áureo y el miedo a la lejanía... El dios indio era visible. Esos barbudos que manejaban el rayo, hundieron en el temor de lo ignoto a la raza desprecupada, que desconoció la tortura del ayer y del mañana,

tejiéndole la red afligente del ahora. Comenzaron a pesar la tradición y el porvenir. Una tradición de crueldad, miseria, chatura y cicatería. Un futuro de incertidumbre, de vaguedad, de nébula. De lo que hasta aquí no nos libramos para vivir nuestro Hoy. Nuestro hoy que puede ser con luz.

Después la misma calle libre se bordeó de casas extrañas. Las casas españolas. Con su grande y fresco zaguán, su enorme patio y el naranjo florido al centro. Las amplias casas castellanas de encalado coquetón. Caras de Pierrots. Interiores conventuales.

Esas mansas casitas se crisparon un día. Amanecer trágico. Se doblaron fatigadas las paredes y se tendieron en la vía.

1868. La Calle Real perdió su rectitud castiza.- Los escombros la orlaron de tristeza. Durante muchos días, murallones desarticulados, techos abiertos, lastimosos, puertas vencidas, exhibieron su laceria...

La ciudad muerta se quedó vacía de su sangre humana. Por sus arterias obstruidas ambulaban solos los canes famélicos, sacerdotes de las ruinas... Sobre la colina, sobre Reyloma, las telas blancas de las tiendas de los sobrevivientes, albergaron la esperanza.

Renació la villa diminuta. Su corazón era potente. Fluyó de nuevo la vida de su Plaza Mayor. La Calle Real -aorta antiquísima- vibró de nuevo con un tenue pulso vital. Estiró nuevamente la ambición de su recta implacable que nace del vientre de Mojanda y va a perderse en la llanura. Las casitas lechosas se levantaron. Tímidas al principio. Recelosas, apenas se apartaron del suelo. Olvidaron luego el riesgo y crecieron. Más altas y más pulcras. Para recibir la caricia del sol eterno en sus paredes limpias.

Otra vez, rúa apacible. De movimiento lento y acompasado.

La capa del señor Corregidor se perdió... De las esquinas oscuras emigró "la viuda". La mula infernal dejó de hacer oír el

bailoteo de sus cascos y el olor de sus resoplidos de azufre en las noches de conjunción... La luz eléctrica rasgó las sombras. La fauna de tiniebla –tan encantadora, tan propia– se fugó avergonzada.

Sobre las piedrecillas redondas, lisas, lustrosas, ríe el sol –miel y salud– durante las horas diurnas en que la Calle Real trabaja, se afana, convierte sus casitas risueñas en celdillas de una viva colmena.

De noche, sobre ellas mismas, juega la luz azulada de la luna con la culta, despótica, fastidiosa de los focos... La Calle Real. Jardín del ensueño balbuciente. Primer balcón del mundo para nuestros ojos maravillados. Calle Real. Senda florida que va perdiendo su encanto romántico para volverse calle de comercio, calle industrial...

"Imbabura" Nos. 3 y 4, septiembre-octubre de 1928.

RETAZOS

Enrique Garcés

La música del pueblo es su lamento de dolor. Llora la angustia que le invade. Se humedece de nostalgia en la remembranza de mejores días. Lenguaje multicorde del sentimiento. Escancia sus aflicciones en la voz cantarina que se expande. Se adentra muy hondo en el espíritu. Sus efluvios dejan la satisfacción de una tristeza y el pesar de una felicidad esquiva.

Notas piadosas, dulces. Recogidas a la orilla de las lagunas en el minuto diáfano de la aurora. En el verdor de la pradería, que a la tarde, eleva sus salmos a la altura, cuando las copas de los eucaliptos se dicen recónditos secretos...

Música pueblerina de mi tierra. Alondra solitaria que vas diciendo endechas en el refugio de todos los aleros. Llevas en tus alas tibias una sinfonía de lágrimas.

Atardecer de oro en el verano. Las mieses rasgan sus vestiduras para ofrecerse. Los campos muestran la laceria del rastrojo. En los riscos de la cordillera las nubes desgarran sus mantos albos. En los collados que se alzan para beber los últimos rayos de sol, se oye la melodía indiana de las flautas y rondadores. Los juncos se quejan tiernamente cuando les besa la boca del indio. El vigor de la raza llora su dolor de vencido. Es el eco sonoro de victoria en los campos sangrientos, que se ha entristecido para lamentar la derrota... La sonata puebla de melancolía la quietud de las colinas. Y el padre sol esconde su faz brillante con un pedazo de monte para ocultar su congoja...

En la casita humilde ha muerto un miembro de la familia. La música doliente está llorando junto a los ojos oscuros que han vertido el raudal. Un violín envejecido irá gimiendo su canción en la senda del cortejo. La voz temblorosa de las cuerdas dice el adiós sentido. Y al regresar dejando el tributo a la madre tierra, el mismo instrumento repasará la ruta dolorosa lanzando al aire el alarido cortante que estremece.

Despierta el arpa parlanchina. Abre su garganta de armonías. Las pulsa un cieguecito que ha sido llevado a la fiesta. Se apaga el murmullo de la charla. La voz clara del cantor se mezcla con la del instrumento que estrecha el pecho contra el de su dueño. Una pareja en el centro. El hombre ha desenvainado del bolsillo la policromía de un pañuelo. Lo agita en el aire. Comienza el jaleo. La hembra levanta con su mano llena de joyas la comba del centro cardenillo. Los pies jubilosos machacan el suelo en el zarandeo ágil y cadencioso. En tanto el cantor sigue rumiando las coplas confundidas en la alegre bullanguería de una "alza que te han visto".

Dices que no me quieres
porque soy de sangre baja,
si quieres querer a reyes
cuatro tiene la baraja.

El pobre no vale nada
aunque tenga entendimiento,
sólo el que tiene dinero
se lleva el merecimiento.

Ha cesado la música. Un hombre que ha puesto el ala del poncho sobre el hombro, vacía en la copa el cristalino jugo de la caña. El licor va pasando por las gargantas de la hilera abigarrada. Otra vez se toca y se canta. Ahora es el "sanjuán". Himno del pueblo y de la raza. Con sabor de tristezas y alegrías. A su conjuro surge un recuerdo que tortura y el corazón se acurruca como sintiendo frío.

Ay! amores hallarás,
pero como el mío
jamás, jamás...

Un golpeteo monótono en la madera del arpa afirma la cadencia. Hombres y mujeres forman círculo asidos de las manos. Gira la rueda a uno y otro lado bajo la orden del apresado en el centro. A una señal, se calla la música. El conjunto se desbarata. A buscar compañía. Al que no encontró el refugio de unos brazos se le entrega la copa obligatoria en medio de la carcajada que se extiende. Ocupa éste el honor de la jefatura y el baile se sucede con cariño, confianza y licor que constituye su etiqueta.

El alba mete su cabeza curiosa por entre las puertas que se han quedado bostezando. La felicidad de la balumba se ha mustiado. Suena la música triste. Es el reproche de la pena. Agazapada entre el murmullo surge cuando el silencio va creciendo. En tanto el compadre, dueño de casa, hunde todo el brazo en la vacija para apagar su sed con el bermejo sumo de la jora.

Una muchacha alegre. A lo lejos se distingue el tórax de las guitarras al amparo de los abrigos. Se acercan. Han llegado donde debe rendirse el homenaje. La ventana que es un santuario, donde se queda la vida como un cirio votivo. Ante esa ventana

—confesionario de amor— donde se han quedado enredadas todas las promesas. Al pie de la reja que, abierta, nos parece una señal que nos llama, un resquicio por donde se entra, calladamente la ilusión. Y cerrada, que estuviera soñando ansiedades detrás de sus párpados tan juntos... Se registran los instrumentos. Apoyan el pie en la acera. Zambullen los dedos entre las paralelas sonoras y el rasgueo se deja oír. La voz tímida dice la endecha.

Oro, plata, pan y dulce
todo a ti te lo he de dar;
si hasta el corazón te he dado
Princesita ¿quieres más?

La calle se ha quedado en silencio para sentir mejor. Los focos agrandan su pupila y sin un parpadeo están sobrecogidos.

La canción es un clamor de recuerdo. Siente la ansiedad de las bocas que se muerde y escucha el rumor de ascuas que tiene el beso.

Bella, alegre mujercita
de mi corazón amada,
tu boquita colorada
a darte un beso le incita.

Es el dolor de la despedida. Va a decirle que allí se queda el corazón. Que para el ausente desventurado haya siempre la limosna de un cariño.

De esta tierra ya me voy,
a esta tierra ha de volver,
¡Ayayay qué dolor!,
porque tengo que pagar
ingratitude de mujer...

Cada cuerda suspira una queja. Cada estrofa lamenta un dolor.

La serenata se pierde. Y a la distancia se distingue el tórax de las guitarras al amparo de los abrigos.

Lejos del rincón propio. A orillas de la vida. Esperando la bonanza.

Hay ciertas tardes de ausencia que están lloviendo melancolías. El recuerdo proyecta en la pantalla de los párpados la casita blanca de los abuelos. El avergonzado montón de los juguetes viejos y destruidos. Sombras queridas que pasan... Hay un sabor de sangre en la boca. Y los labios se quedan tarareando tristemente.

Imbabura de mi vida
patria donde yo nací...

"Imbabura" Nos. 3 - 4, septiembre - octubre de 1928.

ARTES E INDUSTRIAS POPULARES

Renglones contados. Parquedad en la relación. Lo que sería objeto de un estudio amplio y detallado tiene que esbozarse en las pocas líneas de una página.

El aspecto de la actividad industrial y artística de la ciudad de Otavalo merece un examen minucioso que lleva a hondas consideraciones. Pocos lugares de nuestro país presentan a este respecto síntomas tan halagadores como el de esta población. Motivos poderosos benefician este cariz del progreso. Una casi nivelación de recursos materiales origina en los asociados un despertar de iniciativas que se cristaliza en el aporte valioso de varias actividades de la vida industrial. Pueblo sin cadenas, surge solo. Confiado en sus fuerzas propias. Individuos no maniatados por el compromiso de sumisión al amo, laboran potentes un porvenir seguro. De esto brota también el anhelo de la superación. Se ha

hecho carne de este pueblo la convicción de la suficiencia. No es una vanidad. Los hechos lo demuestran.

Acicateada por el conocimiento de su propio valer, va esta porción humana de Imbabura por vías expeditas hacia la realización de un noble ideal. Otavalo, ante todo y sobre todo, se muestra a la patria como un pueblo laborioso. Y en circunstancias como las actuales en que se reclama a los trabajadores —para evitar el desate funesto de los que viven a expensas del Erario— es mérito inmenso de este pueblo viril que emerge frente a esta única consigna: trabajo, trabajo.

Prescindamos de esos grandes laboratorios del bienestar, las fábricas. (Son algunas las que están ubicadas en este sector: La Joya, San Pedro, Jatunyacu, que producen grandes cantidades de tejidos de algodón, casinetes, pañolones, liencillos, medias, vestidos de punto, hilo, etc., que abastecen al sur de Colombia y a algunas de nuestras provincias interioranas y que dan empleo a centenares de brazos jóvenes. Además, la cervecería IMBABURA, las de aguas gaseosas. La Efervescente, las de licores Excelsior, La Colmena, La Cosmopolita, Venecia, que no dejan de ejercer gran actividad en el comercio de la provincia).

Miremos en un plano más aproximado pero también extenso como el anterior. La industria netamente popular.

Indios y mestizos colaboran en actividad múltiple. Nuestro indio, al que su holgura económica le coloca en situación que envidiarían algunos *blancos*, se ha desenvuelto en un medio de laboriosidad. No es el *guasicama* degradado que aguarda el men-drugo que le arroja el patrón después de haberle dado un puntapié. Es el ente activo que trabaja con plena conciencia del rendimiento que puede obtener de su dedicación a la tarea. Por esta razón hasta ha mejorado en aspecto. Ejemplar bello y aseado que cuida bien de lo propio. Espíritu arisco por tradición. Nada más. No esclavo de la tierra. Es su amo.

Cada parcialidad muestra un aspecto de su labor especial. Pinsaquí, Ilumán, Quinchuquí, Peguche, Pucará, Agato y Carabuela se distinguen por los afamados tejidos de lana que laboran en sus telares (ponchos, cobertores, bufandas, chalinas, casimires, bayetas). Estas prendas tienen gran consumo dentro de la República y en el Departamento de Nariño. Algunos industriales indígenas fueron galardonados con medallas de oro y menciones honoríficas en la exposición del centenario de la batalla de Pichincha y de Ibarra. Las parcialidades de San Rafael y San Miguel, Camuendo, fabrican esteras y aventadores. El material lo tienen de las orillas de San Pablo (la totora). Las de Calpaquí se dedican a la curtiembre. Las suelas son magníficas y muy estimadas en la capital como material de duración. Imbabuela, Punyaro y Santiaguillo trabajan en el tejido de zuro. Canastas, petacas, "ternos" (algunos pares de canastos que disminuyen gradualmente de tamaño y coloreados en la forma más atractiva). Los indios de las parcialidades de San Juan y Asama tejen las *macanas* y los ponchos de algodón y las fajas en las cuales hay que admirar caprichosos dibujos decorativos.

El mestizo, más preparado que el indio. No sólo fabrica sino que, aun más, realiza obra de arte. Paciente, esmerado, no piensa tanto en la utilidad que obtendría de su obra mercada, sino en la calidad de ésta. Es lo esencial. (Resume estética y habilidad). El artesano otavaleño, como pocos, ha probado su competencia y dominio en ciertas artes manuales como la carpintería por ejemplo. Es fama que ha traspasado las lindes todas del país, la destreza de nuestro carpintero. Si se conservara los artefactos que merecieron premios en varios concursos de arte y en exposiciones nacionales, se tendría para un museo. Se presentó un piano, construido con materiales del lugar. El ingenio va más allá: culmina en la presentación de dos máquinas, una de coser y otra fotográfica, en las que apenas figuraba el hierro.

La especialización en el tallado ha adquirido caracteres propios. Muestra de lo que queda dicho son el altar mayor del Jordán y las puertas principales de dicho templo y la de San Luis. La admiración creciente de cuantos han visitado este lugar se ha

patentizado en elogios a la habilidad de nuestro artesano. Se ha implantado la industria de la construcción de muebles de mimbre que rivalizan y superan a los extranjeros. Para el asiento de esterilla se ha obtenido el material de una vena que es inagotable en la región de Intag.

La ebanistería, propia del clásico barrio de "San Blas" y de la parroquia "Espejo" ha producido soberbios instrumentos. La sombrerería ha alcanzado mucho desarrollo. Se ha llegado a imitar hábilmente el sombrero extranjero. En Otavalo "La Industrial" y en Ilumán se impusieron, no ha muchos años, con esta prenda, en varias secciones del país. Más aún, gran parte del ejército usó el afamado "casco" otavaleño. San Pablo, la parroquia más importante del Cantón, produce una apreciable cantidad de sombreros de paja toquilla.

La fabricación de peines, hebillas, botones, zarcillos, aros, con material que proporciona las astas del ganado, ha llegado en estos tiempos a imponerse en los mercados. La tintorería en Otavalo y Quichinche, la alfarería y la industria de la elaboración del jabón prieto, se incrementan diariamente. Debemos citar también la explotación de la cal y más materiales de construcción.

El inquisidor sagaz, que escruta en la actividad el molde en que se ha vaciado el sentido práctico de los pueblos, puede encontrar en esa a manera de exposición de productos industriales que se verifica semanalmente los días sábados, al aire libre, hileras abigarradas de artículos populares que no necesitan de réclame. El productor, tranquilo, cruzado de brazos, pasea su mirada satisfecha en la seguridad de que ofrece al consumo manufacturas de buena calidad y a bajos precios.

El arte popular merece una línea más. La escultura y la pintura, cuyo sesgo se ha dirigido al motivo religioso, no ha alcanzado mayor importancia.

Nos referiremos a la música. El *San Juan* sobrepasa todo entusiasmo. Los aires de esta melodía inspiran no se qué oculta

confianza en el porvenir. El pueblo que trabaja, necesita halagar su espíritu con la impregnación sutil de la música. Surge la obligación de crear la tonada que se amolde al alma sensitiva del hombre de pueblo. No faltan los compositores anónimos. La inspiración: el medio agreste con gran fondo de alma indiana. He allí el tema.

"Imbabura", Nos. 3 - 4, septiembre - octubre de 1928.

EL INDIO DE OTAVALO

V. G. Garcés

Tanto se ha hablado —y en todos los tonos— del indio ecuatoriano, lamentando su situación retrasada y su condición de paria víctima de las explotaciones del "blanco", que parecería agotado todo tema. Pero, creemos, nunca se ha profundizado el asunto, ni se ha hecho un estudio sereno y meditado de las condiciones peculiares en que el indio vive dentro de este ambiente americano y, concretando más, ecuatoriano.

Queremos ensayar un análisis, siquiera sea somero, de los caracteres psicológico-sociales que atañen a la raza indígena. Queremos ver, con justiciera mirada de apreciación científica, los aspectos varios del problema que palpita, intocado, como quizá palpita en otros pueblos indohispanos de igual contextura etnológica que el nuestro. El punto de vista y de la exclusiva referencia experimental, es el modo de ser y de vivir del indio de nuestras comarcas. El indio de Otavalo nos va a servir de índice racial, de tipo psicológico.

Nuestro indio es descendiente de los aguerridos Imbayas. Los *saransegs* u *otavalos* eran los primitivos habitantes de estas regiones. Su origen tan remoto impide precisar las condiciones y los sistemas autóctonos que regían entonces. Sometidos, como todos los demás, al régimen de los Shyris, primero, y al de los Incas,

después, tenían que adoptar las mismas modalidades de obediencia y vasallaje. Su vida respondía al medio ambiente de la época: sometimiento, humillación.

La Conquista y la Colonia no mejoran psicológicamente la condición del indio; al contrario, la hunden en anonadamiento y desgracia y ponen el sello trágico de desdén para una raza vencida. En la época precolonial el indio está sometido directamente a la autoridad que le domina. Se sabe dueño de sus tierras inmensas, o por lo menos, conoce que dependen de hombres de igual origen. No tiene la preocupación ancestral de su despojo ni guarda en su alma el rencor milenario contra el barbudo déspota. Rindiendo homenaje al padre Sol y al Rey, cumple íntegramente su destino. Después, en la Conquista, la Colonia y la República, el indio tiene la enormidad de su despecho asentado en su espíritu. Comprende que está vencido y destronado de su grandioso imperio: su pena será eterna.

La psiquis del indio ha tomado rumbos diversos e incesantes, amoldándose, cada vez, a las condiciones del momento histórico y político. Las grandes evoluciones que sufrió América-libertad indígena, Conquista, Colonia y libertad republicana, ciclos totalmente diversos repercutieron en los indios de modo indiscutible. La Conquista española tiene trascendental importancia en el desarrollo —no sabemos si integralmente progresivo o parcialmente regresivo— de las especiales condiciones del espíritu indio. ¿Será, como afirma el señor González Suárez, que la Conquista "encuentro repentino de dos razas: la blanca y la americana que al encontrarse chocaron violentamente", produjo la derrota de la raza *inferior*, la americana? ¿La depresión del indio obedece, entonces, a causas raciales que le dan el distintivo, el reproche, de inferior, de inadaptada? Las razas, según los sociólogos, Colajanni, De Roberty, entre otros, no son ni superiores ni inferiores. La superioridad se mide, no en la caracterización antropológica propiamente, sino en su aptitud para asimilar una civilización determinada. (No desconocemos que es un verdadero problema de sociología el asegurar superioridades de raza, con respecto a la capacidad intelectual, como el caso presente). Hay civilizaciones

superiores y, correlativamente, civilizaciones inferiores; no razas mejores. Así, pues, no puede formularse apriorísticamente el principio de la inferioridad de la raza indígena.

Grande es el porcentaje de la población india en la demarcación cantonal de Otavalo. Quizá alcanza a un 80%, más o menos. Lamentamos no tener estadísticas para precisar cifras. Suponemos que existen en todas las parroquias del Cantón de 30 a 40 mil indios. El Dr. Herrera, autor de la "Monografía de Otavalo" señala el número de 25.966, en el año de 1906.

Los indios habitan en casas pajizas, la generalidad. Los más adinerados y, sobre todo, aquellos que han alcanzado a concebir la necesidad de vivir mejor, son relativamente pocos. Conjunto de casas rodeadas de sembríos pequeños de su propiedad, bien cultivados, dan bello aspecto a las "parcialidades". El sentimiento gregario, asociativo es natural en ellos. Pero se agrupan evidentemente los que tienen más afinidad psíquica; y, propiamente, los que se asimilan mejor por identidad de costumbres, deseos, intereses hábitos de vida y aún de vestido. La situación topográfica, de localización territorial, es el primer factor de convivencia. Generalmente individuos de una parcialidad no guardan relaciones amistosas con los de otra. Las relaciones de grupo predominan insistentemente. Con todo, si se trata de *enemigo*, como suelen llamarle, si se trata del *mismo* que hostiliza, o del sistema político que se impone, se asocian sin distinción de categorías ni de parcialidades. Hay, pues, hondamente arraigado el sentido de semejanza que atrae y vincula.

Su alimentación es sustanciosa y sana. Se alimenta bien para resistir las fatigas del trabajo. Su vestido es aseado y sencillo, sin complicaciones ni caprichos. Su vivienda, humilde, miserable quizás. Sus necesidades no le piden más: le bastan con satisfacer las exigencias fisiológicas. Las de orden más elevado, necesidades morales intelectuales, no las sienten. No tienen jamás la inquietud de mejores anhelos ni deseos de progreso. El progreso, para ellos, no tiene trascendencia, ni sale del límite de su mentalidad apocada. Progreso, para el indio, no sería otra cosa que buenas cose-

chas, buena paga, buena chicha, buenas danzas. Querría significarle libertad de hacer y de obrar a su modo, de acuerdo con sus costumbres. La concepción amplia de progreso —como entendemos nosotros— no entra nunca en su mente.

Espíritu observador y curioso, contempla los adelantos que muestra la ciudad, por ejemplo. No se detiene a considerar la eficacia de una adaptación asequible a sus posibilidades. El indio ve, inquiere, admira talvez. Se acostumbra a ver el automóvil o la lancha que caminan veloces. Al aeroplano, la primera ocasión que vino al Norte lo creyó, aterrorizado, el demonio. *Auca Chari?* —se preguntaban entre ellos. A pesar del maravilloso don de imitación de que están dotados, de esa habilidad manual que asombra a los extraños ojos, no imitan sino aquello que les es económicamente útil. Basta admirar las espléndidas telas de lana y algodón que trabajan. La utilidad es el eje primero en todas sus actividades. Son utilitaristas, inconscientes realizadores de las teorías de Bentham y Hobbes. Creen que su destino es vivir para comer, dormir, vestirse y embriagarse. Porque suponen que allí —programa reducido pero intenso— acaba su actuación total: no hay más que tener dinero para agotarlo en aguardiente. El licor, la chicha son sus bebidas predilectas. Hemos visto en Otavalo cómo inducen los mismos padres a beber a sus hijos y allegados: si les brindan *una copa*, la comparten con su longo. *A que aprendan*, prorrumpen airoso. Y las mujeres son ahora las más avezadas. Los sábados por la tarde, en los alrededores de Otavalo, hemos observado este curioso hecho. Entre los grupos de indígenas ebrios que se alejan a sus casas dando gritos o cantando, o que se arremolinan en un claro del camino para pelear, más numerosas son las indias. Hemos tratado de indagar causas y no sabemos sino que, ahora el marido bebe siempre con su mujer y sus amigos, acompañados con sus respectivas mujeres. Antes, la india acompañaba al marido para *rodearle* y cuidarle; ahora, ambos se entregan al codiciado deleite. ¿Despecho o impulso instintivo? ¿O es que se impone a la naturaleza del indio, como una fuerza insuperable, ese afán. Ese apego al licor fruto quizá de una corriente poderosa que obra en esa clase social, o resultado de taras fisiológicas inevitables?...

Sus creencias (las del indio de Otavalo), están de acuerdo con su mentalidad, propicia –felizmente– a toda emotiva persuasión o a toda sugestión doctrinaria. Los que cotidianamente van a la iglesia, son católicos a su modo. Modo superficial, externo, como todos sus modos de sentir y creer... La fe obra en ellos el milagro de la aceptación del dogma, como en los blancos. Sólo que al blanco puede mantenerse, en los resquicios de la razón o la conciencia, el deseo de inquirir causalidades lógicas, científicas. Pero el indio, ¿qué va a dudar, sobre qué va a recaer su duda?... Su creencia religiosa radica en un fondo innegable de superstición o fetichismo. Allí donde el indio no se explica –o no le explican, convenciéndole (labor bien fácil, por cierto!...)– la razón de ser de un hecho, de un fenómeno, natural para mentes más desarrolladas, allí cree en la existencia de un espíritu invisible y poderoso, todo poderoso. El aullido del perro, el canto de la tórtola, el graznido del *chusig* (búho) en la noche, le infunde pavor y desconcierto. No se explica estos hechos. En las entradas de sus pobres casas, hemos visto (y no sólo en la de los indios) unas plantas de zábila (áloe sucotrino) que crecen sin necesidad de tierra donde asentar sus raíces. Se atribuye virtudes mágicas y sabias a la planta aquella... (fetichismo?). Algunas veces hemos tratado de tomar fotografías de hermosos tipos indígenas de Otavalo. Tienen, la mayor parte de los indios, un temor misterioso a la kodak inofensiva... Al mirar alguna fotografía de ellos creen que se les ha robado el alma... (Muchos de estos curiosos detalles podríamos anotar, detalles observados diariamente en Otavalo por nosotros mismos).

El indígena otavaleño es trabajador y laborioso. Las faenas agrícolas son su principal ocupación. Cuida de sus terrenos, de sus parcelas, con esmero y prolijidad; se diría, hasta con amor. La tierra es la riqueza máxima del indio: por ella vive y para ella vive. Para defender su pegujal sacrifica todo cuanto posee. Tiene un tradicional apego a la tierra que le da el sustento. Se dejaría matar antes que consentir atropellos en su propiedad.

El reparto de las tierras cultivadas en el Cantón de Otavalo es asunto que motiva un estudio meditado. La propiedad está

muy difundida entre ellos; su aspiración es la adquisición de terrenos. No gustan ya de ser "peones" o "gañanes" porque les resta tiempo a sus propias tareas. Y esto que el Dr. Herrera anota en su monografía como un peligro para la agricultura, porque —dice— "con la posesión de ellos (de los terrenos) en mayor escala, cultivándoles con esmero, adquirirá bienestar que le hará despreciar el jornal. Quién labrará los campos?" ...esto —decimos— lo reputamos amenaza para los grandes propietarios actuales, no para la agricultura generalmente considerada. Cuando lleguemos a la persuasión de que el trabajo material no denigra —tardará mucho, es cierto—; cuando hayamos logrado un conveniente mestizaje; cuando tengamos verdadera división del trabajo, no será peligro. Antes bien, estaremos salvados definitivamente. El carácter del indio es altivo y resuelto. Su resignada sumisión, su timidez tan decantada, es totalmente superficial. En el fondo acumula siempre rebeldía y coraje. El convencimiento de la inferioridad de sus fuerzas —no físicas, sino energías que nacen de la cultura, de la conciencia, del espíritu— le hace aparecer como sumiso y tímido. La timidez del indio es el reconocimiento de la inoportunidad de su desquite... Nada más. Muchas pruebas han dado en Otavalo. Recuérdese los "levantamientos" del tiempo de García Moreno.

El indio es desconfiado: no se persuade jamás que hay sinceridad y desinterés para con él. Ya no cree en las promesas que el "blanco" suele hacerle. ...Cómo estará de hostigado de sus patrañas y abusos perpetuos!... Aún en la vulgar conversación se muestra receloso y pesimista. Dos indios que saben, más o menos bien, el castellano y que se encuentran junto al "blanco" que puede oírles y entenderles, nunca hablan el castellano; no. El quechua, su propia lengua. Un indio no bebe ni come —generalmente— en presencia del patrón: acostumbra —cosa rara— voltearse y dar las espaldas. ¿Vergüenza o timidez, desconfianza o respeto?...

El continuo trato con la gente blanca de los poblados, por asuntos de industria o comercio o por cualquier motivo; la frecuencia de su estadía en centros de mejor cultura, hacen adquirir al indio conocimiento de costumbres y hábitos extraños para él.

Le hacen, principalmente familiarizarse con el idioma español. Creemos que más de un cincuenta por ciento de los indios de Otavalo entienden el castellano, aunque no puedan hablarlo todos. Conocemos indios que hablan escriben y leen con bastante corrección. En las escuelas de Otavalo no faltan niños indígenas: son los hijos de los indios que han alcanzado mejor raciocinio y comprensión: son pocos, desgraciadamente. Todos ellos —y los anteriores— saben el castellano. Pero vuelven a sus hogares o salen de la escuela y penetran, otra vez, en el ambiente adverso: necesariamente han de ir hablar el quechua con sus padres y amigos. Hemos visto a los "longos" que hasta los mismos juegos que aprenden en la escuela los *quechuizan* en sus denominaciones.

Por los datos enumerados, rasgos característicos de los indígenas, se puede concluir que forman una masa social apta para mejores triunfos y conquistas. Nos muestran que son susceptibles de mejoramiento y progreso, si se infiltrara en ellos una corriente cultural, educativa, que les haga salir del estancamiento moral e intelectual en que hoy viven. Creemos que la clase indígena ecuatoriana tiene aspectos comunes de configuración psicológica. Signos indubitables de heterogéneas tendencias de su alma, predominantes en ciertas regiones, se desplazan ante la visión íntegra de la raza igual, de la suya, la americana.

Para una nación que comienza a coordinar sus elementos constitutivos; que quiere armonizar las energías vitales que informan su condición de Estado, dándole el asiento geográfico-etnográfico que requiere para su vida positiva; para un pueblo que vigoriza su conciencia, acumulando las síntesis concienciales de los hombres que conviven en el agregado; para una nación, o Estado, o pueblo así —decimos— es un imperativo ético y sociológico la unificación y el equilibrio de sus fuerzas sociales, la nivelación racional de sus factores demográficos.

Ese es el problema, la incógnita tremenda que pesa sobre estos países americanos.

¿Cuál la manera de reformar costumbres, de cambiar hábitos, de anular impulsos e instintos tan arraigados? ¿Cómo regar simientes de mejoramiento? ¿Cómo ahondar la inquietud vaga que tiene el indio sobre lo que significa progreso? ¿Cómo incorporar a esa porción valiosa y grande de la población nacional en una escala socialmente adecuada a su destino en un rango ética y políticamente apropiado a su naturaleza?

La primera condición, el primer paso, es buscar educación para el indio. Con sistemas convenientes y regímenes propios. Alto problema de pedagogía social que exige meditación y estudio concienzudo. Hemos visto que el indio es egoísta con el blanco: inculcarle, pues, otros sentimientos, entre ellos, el de la convicción de su propio valer. Necesita elevarse la personalidad del indígena, moral, jurídica, socialmente. Es menester dotarle de cultura. En el estado de ignorancia en que vegeta, el indio no será sino lo que es: un ser amoral y asociable, respecto de las otras categorías, de las demás clases sociales. La ignorancia no asimila nada. Una cultura, por pequeña que sea, pero cultura al fin, está en potencia de desentrañar y arrancar de otra cultura superior los elementos que necesita para su desenvolvimiento. Tiene preponderancia entonces la imitación. La imitación como factor socializador, preconizada por Tarde. Una cultura imita de otra aquello que necesita para modelarse mejor, para constituirse. Sociológicamente, un pueblo, una raza, una colectividad, cualquiera categoría de sociedad humana dotada de cierta capacidad —sería la cultura inicial— imita y asimila. Imitación interna. La externa no tiene grande trascendencia.

Es incuestionable el poder imitativo del indio; pero hemos tratado de demostrar que su habilidad en imitar —habilidad de copiar modelos— no se ejercita sino en un marco de utilidad económica, de utilidad en los negocios en que emprende. Su imitación no alcanza aún a otras esferas superiores de actividad, ni tiene el sello de su animismo, de su espiritualidad, puesto profundamente en su obra. Quizás no despierta en su alma anhelos que pudieran compaginarse, en grado de sugestión, a la codicia o al deseo de ganancias económicas. Cuando la inquietud surja en

su espíritu, por otra de la educación y de la cultura; cuando crea que su destino es otro, que no el de servir eternamente, entonces imitará de los hombres mejores lo que califique de bueno y de justo. El espíritu de selección está paralelamente constituido al de educación, que es la selección de los espíritus.

No hemos de imaginar nosotros que es conveniente la supresión definitiva del indio. Pueblos como el de los Estados Unidos adoptaron, quizá, ese sistema por razones hasta de orden simplemente afectivo, de una afección tan poderosa y tremenda que no reparó en los medios de acabar con la raza que estorbaba a ese pueblo "cosmopolita"... México, Argentina, Uruguay dan muestras de sabia metodología social, de mestizaje y fusiónamiento de una raza entre las otras para formar el tipo racional perfectamente definido. En la Argentina ya no se halla al "gaucho", en toda la pureza de su primitivismo, sino en las novelas, dice un moderno pensador de esa vigorosa nación, Ramón Doll. Güiraldes nos da a conocer y admirar en "Don Segundo Sombra" al fuerte criollo de las tierras pampeanas.

No sabemos quién o quiénes han creído necesario, como proceso inicial de educación indígena, el cambio de vestido, sustituyéndolo con trajes que se asemejen al del blanco. Así concebido, juzgamos muy trivial el remedio. Es decir, la coacción y la imitación aunadas; mejor dicho, la imitación exigida coactivamente, imitación superficial, externa, sin importancia. Más lógico procedimiento es el de crear en la conciencia, en el alma del indio, la necesidad de transformar su vida, de mejorarla y adecuarla a las exigencias de una civilización convenientemente dirigida. Las necesidades brotan del fondo de los espíritus, si son de aquellas que se imponen en el alma, como una inquietud dolorosa, trascendiendo al mundo exterior, hechas acomodamiento, manera de ser, manera de actuar, manera de vivir. Las necesidades dan la medida de la cultura, porque ellas acusan una preparación previa, un campo nutricional de deseos y de anhelos y un caudal de razonamiento para buscar justamente las formas de satisfacerlas. Ya mostramos lo que sucedía con frecuencia con los indígenas que viven en hogares de civilizados, de blancos: la situación en que es-

tán colocados les da y les facilita los medios para asimilar una ráfaga de cultura, un destello de mejoramiento y civilización que favorece la aparición natural de necesidades y el deseo, aunque fuera simple y caprichoso, de cambiar de vida. Entonces se inicia el verdadero proceso: de adentro al exterior, afuera; entonces comienza la evolución racional y humana: vestir al espíritu y a la conciencia, primero, con ropajes de civilización y cultura. Obligar a los indios a cambiar repentinamente de vestido, creemos que no es más que disfrazarlos de hombres cultos. Disfrazados, nada más que eso. Formar una categoría de hombres —como existen ya por desgracia— que aparecen como de mejor rango social, moral e intelectual que el indio y que, con todo, no le superan sino en el vestido...

Castellanizar al indio, se proclama. Primero el idioma. Aunque sea a la fuerza, claro está. ¿Será posible —nos preguntamos— borrar del alma de una raza el lenguaje con que cantó llorando su dolor de siglos? ¿Será posible matar un idioma, porque es una "lengua muerta" que, sin embargo, no muere ni morirá tan fácilmente?... ¿Se podrá hacerle adoptar el castellano, cuando no gusta de hablarlo, aún sabiéndolo, porque es el idioma del "blanco"?

Nos persuadimos, pues, de la enormidad del problema. Nos convencemos más, si cabe, de la necesidad de proceder con orden, con lógica, con paciencia. No es obra de momentos verificar inmensas transformaciones. Primero, educación. Después, educación. Educación siempre. Un ciclo sistemático de cultura hace nacer derivaciones adecuadas, sean éstas necesidades o inquietudes o ilusiones...

La gran cruzada educativa requiere maestros y apóstoles de verdad. Los tenemos nosotros, por ventura?...

"Imbabura" Nos. 3 - 4, septiembre - octubre de 1928.

ESCUELAS PARA INDIGENAS

Fernando Chaves

Mientras los gobiernos estén en manos de camarillas militaristas o de oligarquías capitalistas, no se hará nada en beneficio de los pueblos ni tendrá gran importancia el sentimiento de raza, porque se trabajará solamente en pro de los intereses de las camarillas y de las castas y no en bien de los altos intereses humanos.

José Vasconcelos

I

Demasiado sabido —por repetido— está ya que un enorme porcentaje de nuestra población es indígena. Se ha hablado ya bastante de que ello constituye un problema que sólo agravantes posee. Pero no se ha intentado esbozar siquiera un remedio. Después de los esfuerzos de los misioneros que se quedaron sin eco y sin imitadores, nada se ha hecho. Es más fácil repartir presupuestos que forjar nacionalidad. La fiebre del poder que torturó y tortura a las clases llamadas dirigentes no les ha dejado tiempo para meditar en la incógnita de una población que vive como lastre, como impedimenta de una nación pobre y débil que no bastándose a sí misma, tampoco se empeña en bastarse.

Resulta forzoso —en un país desprovisto casi totalmente de tradiciones pedagógicas como el nuestro, referirse al ensayo más afortunado que de estas cuestiones se ha hecho en Hispanoamérica. Es claro que se habla de México. El iniciador de la reforma educacional en el sentido de incorporar las grandes masas de indios a la naciente cultura de estos pueblos de América nueva y de dotarla a esa misma cultura de un contenido de sabor propio no excluyente de los zumos heredados, es José Vasconcelos. A él hay que mentarlo sin elogios. Se desvirtúa el aplauso por frecuente. Y simbolizando como simboliza en la hora presente la tendencia iberoamericana —en él acentuada, grandiosa y consciente— a depurar un molde de hombre y un impulso cul-

tural en el que converjan la herencia del pasado y la aspiración de un futuro mejor, basta su solo nombre para evocar toda una vida de filósofo y de dinámico con un imán exclusivo: la fijación del papel glorioso del Mundo Nuevo en la historia humana, como un radioso amanecer de civilización, con una *Eocultura* en que la Belleza y la Justicia sean impuestas por "la ley superior del corazón".

Es en las ideas el Apóstol Mexicano donde tienen arraigo las tentativas actuales de dignificación de las razas autóctonas emprendidas en diferentes pueblos, tarea que aún no ha sido ni desbrozada en el Ecuador.

Vasconcelos crea el Departamento de Cultura Indígena y sienta la piedra angular sobre la que deberá levantarse el edificio de la redención social del indio.

Sobre dos principios se fija la obra vasconceliana. El uno podría enunciarse así, en una forma global y un poco imprecisa: poner al indio en potencia de ser permeabilizado por las corrientes de la cultura que se rodea. El segundo: habilitarle manualmente para que esa conquista de un más alto nivel espiritual, no resulte a la postre, una nueva tara envilecedora en virtud de su inutilidad. A este principio habría que añadir —aunque él mismo lo encierra— la creación de belleza resucitando industrias bellas olvidadas, o dándoles matices modernos.

II

Al antecedente de la inmensa labor de Vasconcelos que es faro y brecha, hay que añadir una exigencia de año último. Es preciso citarla por la resonancia que algún día llegará a tener. Y además, porque es el reconocimiento del deber que pesa sobre el maestro nuevo. Del deber imperioso de ayudar —con todas sus fuerzas— a la solución del problema cultural del indio. La Primera Convención Internacional de Maestros, reunida en Buenos Aires, declaró: Que es urgente la incorporación de la raza indígena americana al movimiento cultural moderno, como elemento ne-

cesario para la información de un mejor estado social en América. Que los problemas del analfabetismo y del atraso indígena son un producto de la injusticia económica imperante, agudizada en América Latina por el anémico desarrollo de las economías nacionales, muchas de las cuales están todavía en la etapa feudal. (Todo esto sobre la base de su conformidad con los postulados últimos de la ciencia, que no reconoce razas superiores ni inferiores). Y aconsejó: 1º.- Que los maestros de América Latina trabajen por la incorporación de los aborígenes a la cultura moderna, respetando sus características sociales, y por una acción que permita el perfeccionamiento cultural del individuo y el mejoramiento del medio social. 2º.- La creación de colonias escolares, internados, escuelas rurales, en cada una de las cuales predomine la enseñanza activa, y cuyos programas se desarrollen de acuerdo con las características regionales en cada país. 3º.- La organización de núcleos de misioneros de la enseñanza, aprovechando la feliz experiencia mexicana. 4º.- La preparación de maestros indígenas para indígenas, puesto que ellos, como conocedores de sus peculiaridades raciales, son los más indicados para encarar sus propios problemas. 5º.- La creación de cátedras y seminarios de estudios indigenistas en todas las universidades de América; la formación de museos que recojan cuanto se relacione con esa raza; la orientación de la enseñanza de la historia con un criterio que despierte amor y respeto por los aborígenes existentes y de la crítica histórica en el sentido de establecer lo verdadero de la civilización precolombina, para que ella pase a ocupar el sitio que le corresponde en la conciencia universal. 6º.- La formación de Comités Pro-Indígenas, que lucharán especialmente contra los abusos de que es víctima el indio; porque su trabajo sea siempre equitativamente remunerado; y por la abolición del "pongueaje" en Bolivia y la ley de conscripción vial en el Perú, y otras formas de explotación legalizadas. 7º.- Que se procure por todos los medios que el Estado dé posesión definitiva del suelo a los indígenas, que lo necesitan para la aplicación inteligente de sus actividades y el desarrollo de sus posibilidades económicas. 8º.- Que por medio de las afiliadas a la I. M. A. (Internacional del Magisterio Americano) se combata eficazmente el alcoholismo y el uso de yerbas que contienen alca-

loides, elementos de degeneración de la raza indígenas. 9°.- Que se favorezca el establecimiento de cooperativas rurales entre los indígenas. 10°.- Que se fomente la formación de tribunales indígenas, para indígenas aprovechando la experiencia chilena. 11°.- Que se coloque a los indígenas en igualdad de derechos políticos y jurídicos con los demás habitantes, y se propague entre ellos las prácticas de la higiene y la puericultura para combatir la mortalidad infantil.

Sin estar de acuerdo con todos los consejos patrocinados por la Internacional, y en franca disidencia con algunos como aquellos en que veladamente se dibuja una tendencia a la "reserva", tal como se la practica en los Estados Unidos, creemos que esa enumeración de deberes del maestro hecha por la Convención es casi completa en lo que se refiere al angustioso problema indígena.

Como se ve los maestros de América Latina "estamos ya en el camino". Comprendemos que es obligación nuestra esta de la redención. Pero nos faltan los medios.

III

Refiramos al país la cuestión. Con ínfulas de científica y hasta con ribetes de socialista se indicó de boca de uno de los más claros escritores ecuatorianos - una solución injusta del peso racial. Se dijo que había que despojarse de sentimentalismos: Tales hubieran parecido al aludido comentarista los "consejos" de la I. M. A. Y encarando, el asunto con criterio económico y objetivo "exportar" a la masa indígena hacia las selvas del Occidente o del Oriente porque había que "librar al Estado del Indígena". Refugiose la tesis en el argumento de la imposibilidad de una fusión de razas -argumento rebatido totalmente por la experiencia- en plazo pequeño. Y es que se quiere resolver con plumadas o con rezos este problema que es de años. Y que requiere miles de hombres con encendido afán apostólico. De paso, se indicó también la inanidad del esfuerzo escolar. Hasta se tuvo por correcto decir que en México se había hecho poco. Y se exageró el contenido lí-

rico del libro de Vasconcelos, "Indología". Queda bien reproducir un párrafo del mismo libro que explica el olvido que en nuestro país se decreta para estas cosas. "En Bolivia han llegado al poder los Doctores en Leyes; pero parece que tampoco quisieron hacer excepción a la regla de los militares políticos que emplean el rifle como argumento. El indio, el cholo, en países tales, tiene acceso al cuartel, pero jamás a la escuela. En el Ecuador, que tan ilustres varones ha dado a la estirpe, no ha podido enraizar el credo de los Montalvos y de los Rocafuertes. La política se inclina más bien, según parece, al tipo boliviano y en resumen, nadie enciende una luz que es esperada con ansiedad por las pupilas llenas de ternura del indio hierático". Verdaderas por los cuatro costados las frases transcritas. Con una sola rectificación. Que por cobardía se ha sustituido el argumento-rifle por el olvido cómplice, el alejamiento ofensivo de los mejores hombres en bien de la mediocridad letrada, y la "exportación en grande" a playas extranjeras del que no piensa como el amo. Procedimiento importado —como tantas otras cosas— del país que sufre a los carabineros...

Hay que convenir en que el esfuerzo de regeneración del indio no se originará en las esferas sociales. De otro lado, hasta ahora no va al Ministerio un hombre con voluntad de sacrificio, energía y talento suficientes para acometer empresa tan vasta y tan compleja como esta, que "es sinfonía" y que abarca tantos y tan difíciles sectores.

Recortemos el asunto. Circunscribámosle al escolar.

IV

Descartada la actuación gubernativa porque es fallida toda esperanza que en ella se finque, hay que pensar en su reemplazo por una energía más fácil de encarrilar y de entusiasmar.

Este de la incorporación del indio a la cultura ecuatoriana a más de ser problema nacional, es incógnita agudísima en algunas regiones. Una de ellas, la de Otavalo. Estudiémosla como una enfermedad local. Y considerándola así tratemos de establecer con-

clusiones. Hasta los más pesimistas han tenido que reconocer que el indígena que va –sin repugnancia de la otra raza– hacia un amplio mestizaje y es más capaz de asimilar cultura, resulta, el indio de estas regiones. El indio otavaleño se une fácilmente con el blanco. Pese a la estulticia de pocas gentes, la división de clases va –por fortuna– dejando de ser una realidad.

El material humano se presenta con características favorables. El medio geográfico tampoco es hostil; no presenta extensiones enormes deshabitadas y estériles. Tampoco las enfermedades degeneradoras han hecho presa en la raza humillada. Son pocos, relativamente, los casos de estigmas físicos reveladores de una personalidad empobrecida o ausente.

Si del Gobierno Central es suicida esperar iniciativas, pensemos en la eficacia de una labor del gobierno local. Quizá el Municipio otavaleño llegaría a afrontar al enemigo. Es su interés vitalísimo. Impostergable. Se acentúa el desequilibrio en Otavalo, población que tiene junto a una gran masa indígena fanatizada y analfabeta, un escaso número de hombres blancos o mezclados. En ninguna parte es tan forzoso buscar una solución pronta como en Otavalo.

Aliviada la administración central de condensar una iniciativa compleja, quizá querría aportar la ayuda económica. Únicamente en este punto fallaría la actuación Municipal.

Si el Municipio de Otavalo obtuviera una asignación de 200.000 sucres anuales para invertirlos en el fomento de la cultura indígena, ya se podría pensar en un modesto ensayo de incorporación de los indios a nuestra incipiente civilización.

Los organismos que forzosamente habrían de crearse para regular este nuevo movimiento educacional, podrían centrarse en la escuela fiscal del Cantón, cuyos profesores no negarían su concurso. Las escuelas del Estado también servirían de bases para el funcionamiento de las Escuelas Municipales para indígenas. Un pequeño Departamento Técnico, adscrito a la Municipalidad, fi-

jaría planes, reglamentos y programas de sus escuelas, así como daría los cauces idealistas y los preceptos prácticos para su funcionamiento eficaz.

V

Indicamos en líneas anteriores que la mera enseñanza de lectura y escritura, causaría daños en vez de ser remedio para la indigencia mental. Así lo reconoce Dewey, quien afirma que al hombre del campo le interesa mucho más la vida de las plantas que el alfabeto, sentando con esto uno de los más sólidos principios normativos de la Escuela Rural.

Junto a la enseñanza de escritura y lectura que se dará a los niños indígenas, para facilitarles los únicos medios de cultura posterior, hay que poner una enseñanza de Historia, pero de una historia tónica, no deprimente y desconsoladora como es la que hasta aquí se viene dando en las escuelas del Estado a los niños blancos. Si esta enseñanza se diera a los indios, sin hablarles jamás de las virtudes de su raza, sería empujarlos más de lo que están. Pertenece a nuestra observación y experiencia personal, un caso como éste. Suprimir en la enseñanza de Historia Colonial los detalles de los capítulos referentes a encomiendas y trato de los españoles a los indios, por no ver aparecer las lágrimas en los ojos y encogerse con dolorosa humillación la cabeza de un niño indígena que por casualidad constaba en la matrícula del Grado. También la enseñanza de Cívica, como quiere Gabriela Mistral, una Cívica que exalte los derechos, y que no olvide los elementales deberes del ciudadano sin el fárrago de preceptos legales en que se hace naufragar la mente del escolar de raza mezclada. Una Geografía con vistas a la Geografía Comercial e Industrial y que desarrolle el amor al país, se impone.

Quizá lo ya delineado abarcaría todo el programa intelectual de la escuela que diseñamos.

El programa práctico podría sintetizarse así: una tentativa de la reforma de la agricultura rutinaria y desperdiciadora de

energías que en la actualidad se practica. Enseñanza de la utilización de los abonos y de nuevos cultivos, aprovechando de la granja que funcionaría junto a la escuela. Enseñanza de pequeñas industrias que paralelamente ejercitarían la capacidad organizadora y economista de los alumnos. Enseñanza de oficios en los que hoy se ignora la orientación técnica. Ejemplo, la albañilería. Tendría campo de experimentación esta enseñanza en la edificación del local escolar, haciendo, como dice Vasconcelos que hacía el ejemplar Don Vasco de Quiroga en México, construcciones perdurables y llenas de utilidad y belleza, y no caricaturas inútiles y feas que no educan al aprendiz.

La acción social de esa escuela para indígenas podría formularse en los siguientes términos: Desanalfabetización lenta de los indígenas adultos. Cursos nocturnos. Agrupación de los indígenas mayores en redor de la Escuela con fines de divertimento y de información de los asuntos mundiales, y nacionales en mayor escala. —Para ésto la escuela ha de organizar orquesta típica, ha de establecer temporalmente representaciones teatrales, y ha de contar por lo menos, con una victrola. Incitación a los padres de familia a colaborar con el Municipio en la tarea de cambiar la forma de vida de las familias indias. Obtención de la cooperación decidida y eficiente de ellos en la vida de la escuela que los atrae, que los pule, que los alecciona, que los aconseja.

Después de lo dicho quizá está por demás aclarar que no creemos que ésta no es sino una escuela de transición. No se hace escuelas para indígenas con el objeto de aislarlos, sino con el más noble de asimilarlos. Esta escuela va a dar noción de patria y de independencia a esa gente que permanece a la vera de la cultura, originando un monstruoso desequilibrio con su improductiva ignorancia, de esa gente que fue indiferente al movimiento emancipador y que hoy no sabe nada de su país. Por lo mismo, creemos que la castellanización se impone, por más que para atacarla se invoque la idea de que va a desvirtuarse el esfuerzo con una imposición ficticia y que habría mejor que dejar el idioma y elaborar cultura especial para los indígenas. Eso sería "reservarlos". El primer año de los tres que duraría la enseñanza de estas

escuelas, enseñaría el manejo del idioma castellano y de sus instrumentos de cultura: conocimientos elementales de lectura y escritura. En el segundo, ese conocimiento se perfeccionaría con una serie de lecturas graduadas en castellano de autores propios; y el cuidado de aves y animales vivos, el cultivo de plantas y el ensayo de aprendizaje de industrias y oficios darían el material para la Enseñanza de la Naturaleza, pero certera, sin terminología científica excesiva, saturada de practicidad. Las nociones de las matemáticas, las recitaciones, la cívica, la historia y la geografía que se aprenderían en el Tercer Ciclo, junto con la práctica de las faenas agrícolas y pecuarias ya comenzadas en el año anterior, completarían el esfuerzo civilizador. Añádase a esto las audiciones de música, los bailes regionales, las representaciones teatrales, la lectura de periódicos nacionales y la frecuentación de la Biblioteca de la Escuela o de las Bibliotecas Ambulantes que sería forzoso crear, redondearían la obra, como en el Plan admirable de José Gálvez que aprobó Vasconcelos cuando fue Secretario de Educación en México.

VI

Otro artículo de esta misma Revista comprueba que del esfuerzo económico de Otavalo, sólo una mínima parte de su emplea en beneficio del Cantón. No es suma excesiva la que señala éste como para ser dedicada a Educación Indígena:

Con 200 mil sucres se podría edificar 10 escuelas modelos para indígenas y se las podría sostener dotándolas de un regular equipo de enseñanza. Cada una de ellas podría contar con 4 profesores que impartirían la variada enseñanza que cada una de ellas está obligada a suministrar. La misma suma destinada a esta enseñanza en usos posteriores podría hacer crecer el número de escuelas que se irían convirtiendo en Rurales a medida que el tiempo transcurriera. Irían enriqueciendo paulatinamente su material, y por lo mismo, su eficiencia. Contra tan pequeño gasto, aumentarían el haber etnológico, económico y cultural del país con una cuota de hombres conscientes, sanos y útiles que no rebajaría de mil quinientos por año.

Se puede tachar de utópico el proyecto. Y la utopía reside únicamente en la pétrea resistencia a todo aquello que de lejos o de cerca se roza con la educación nacional. Hasta cuándo faltará la voluntad para intentar sumar a la población esos millares de hombres que de tales sólo tienen la apariencia?

De intención no hemos tocado el problema paralelo al de la educación que es el reparto de la tierra. Hemos querido dejarlo al final. Repitamos una vez más, palabras de la autoridad americana más alta en cuestiones sociales, Vasconcelos. "Una solución justa del problema económico es el primer paso de la reforma educativa". Esto no admite vuelta de hoja. Sin tierra y sin respaldo económico, la libertad que se alcanza por la cultura, es una cosa etérea y no pocas veces nugatoria.

Inevitable pero de estas democracias tartufas la resolución de la angustia económica va a herir los intereses mezquinos de los nobles y de los ricos holgazanes que se empeñan en hacer vivir la leyenda de que el suelo está bien repartido y que no existen latifundios. Y si el problema educativo no se lo afronta, no digamos con valor, ni siquiera con buena voluntad, menos van a atreverse a tocar la injusticia económica que es una llaga purulenta que hace retroceder a los más osados.

Sólo que aún vive la esperanza.

"Imbabura" Nos. 3 - 4, septiembre - octubre de 1928.

FILOSOFIA DE LA CHOZA

Víctor Gabriel Garcés

He intentado varias veces hacer lo que llamaría la filosofía de la choza, o sea, la explicación de su esencia y substancia en cuanto se identifica con el ser que la habita. He querido escribir esta filosofía de la humilde morada del indio para encontrar al-

guna manera de entender la totalidad de su vida valorándola a través de la casa y del hogar indígena.

Pero qué es una choza? La pregunta parece demás para cualquiera que en este país ha visto —y la ha visto necesariamente— una humilde armazón de palos sobre un solar estrecho, unas paredes simples, bahareques débiles formados de barro, techo pajizo casi siempre, una puerta de madera rústica, el interior húmedo y oscuro que forma una sola habitación, allí una tarima, al lado de las piedras en donde asienta sus ollas sobre el fogón la india, animales domésticos que se cruzan por entre las manos de los niños indígenas que se arrastran por la tierra. La choza es un conjunto de menesteres para el sustento y trabajo del indio, cobijados precariamente por un techo de paja y resguardados por paredes sencillas. La choza, me parece, es resguardo, refugio para los objetos del indio y además para él mismo y su familia. La choza no es construcción definitiva en cuanto se la edifica con un afán perdurable: es solamente algo que se hace con la intención manifiesta o presunta de deshacerla cualquier momento. La choza no tiene trascendencia en sí misma: la tiene apenas como eventual seguridad para cubrir al indio y sus pertenencias muebles, para cobijo y abrigo en sus horas de descanso, para guardarse o resguardarse de la intemperie plena. La choza no lleva habitantes o dueños: choza es cosa infeliz, asunto baladí, cuestión transeúnte en el desfile de problemas del indio. Choza quiere decir miseria, claro está, en relación con la calidad económica del sujeto humano que la usa; pero quiere decir también incapacidad de goce, dificultad de consubstanciarse el hombre con el lugar en que realiza su vivir físico, desapego a lo que no es hogar suyo, absolutamente suyo, sino apenas la realidad de unas horas oscuras, puesto que solamente la noche es para el indio exigencia de estarse adentro, encajado, metido en la casa, en la choza que fabricó en unas horas de empeño y de requerimiento! Es menester entender lo que significa para el hombre y la extensión del hombre, la familia, ser un ser de eterna ausencia del hogar, del hogar doméstico, porque de las veinticuatro horas apenas si está en él las horas justas en que el sueño repara las energías desgastadas en la jornada de labor.

Basta anotar cómo la choza generalmente queda vacía de humanos seres durante el lapso de sol a sol, todos los días. Nadie queda en la casa, pues ni el perro, compañero fiel del indio permanece allí. El indio sale al trabajo y han de salir todos, mujer e hijos de cualquier edad. La casa, pues, en la soledad de la parcela o del huasipungo, es apenas símbolo de un dominio que no es cierto, signo de una pertenencia humana castigada por la suerte!...

Yo me he percatado que la choza tiene un poder de revelación efectiva de la pesadumbre indígena. Demuestra exactamente la posición de aquel hombre enamorado de la tierra y que en la choza manifiesta su nostalgia perenne. Desde aquel hecho tan expresivo, que consiste en la choza que llamaría portátil, desarmable a poco que se quiera, aquella pequeñísima choza que apenas deja espacio para dormir un hombre, esa que se la planta en cualquier sitio donde hay ganado que cuidar o sembríos que vigilar todas las noches; desde aquella choza tan precaria y difícilmente aceptable como casa de habitación humana, demuestra realmente como es de eventualísima la querencia del hombre a su refugio, que no lo estima ni puede estimarlo como el dulce hogar a que nos acostumbró la cultura a los demás seres! Esa choza diminuta revela que no hay hogar propiamente, sino un arreglo efímero para pasar la obscuridad bajo un abrigo. Pero revela también que la morada del indio se subordina fatalmente a las condiciones especiales de su existencia como hombre, con sus derechos, con sus prerrogativas substanciales. De la choza para el cuidado de las pertenencias ajenas, a la choza que se construye en el huasipungo o la tierra ofrecida en préstamo a cambio de la estabilidad en la hacienda, hay una distancia evidente que es preciso anotarla. La choza se hace con cierta mejor estructura, por lo menos para hacerla más durable. La choza en tierra ajena, aunque cedida por un tiempo sin mayores delimitaciones, aparece como el signo del arraigo del individuo hacia el dominio patronal a que se halla entregado. Hay muestras de permanencia fijadas en la casa. La choza que no se cimenta jamás, que no tiene en verdad cimientos, no tiene sustentación propia en la tierra. Cimiento quiere decir

hondura que da solidez, quiere decir penetración en tierra para la obra permanente. Cimentar es tanto como apoyar sólidamente, para siempre, una cosa o, si se quiere, una casa. La choza no tiene cimientos nunca o tiene apenas en los pivotes de madera que sostienen la construcción ligera. No obstante, la choza del indio que se asienta un poco más definitivamente en un lugar, aparece con caracteres de estabilidad, aunque es desarticulable fácilmente. Demuestra, pues, un cambio: el del hombre errabundo por el de un ser que se fija algo más, que se establece, que se queda en un sitio para hacer su vida.

La choza denota, pues, en todo caso, precariedad existencial. Es cosa que puede o no quedar, según quede o no quien ha de habitarla. Más que habitarla hay que decir ocuparla, puesto que habitar significa permanencia, hábito de permanecer en un lugar. La choza se ocupa pero acaso no se habita!...

La casa del indio hecha para la permanencia definitiva, por ejemplo, la que se edifica en suelo propio, en la parcela que le corresponde, esa es la única que merecería cimentarse, hacerse sobre cimientos. Y en efecto a esto se tiende. La casa pajiza cede campo en muchas partes a la casa de teja, de pared de adobe o alzada sobre tapias de mayor firmeza. Y si bien esto implica comodidad o amplitud en sus dueños, es un hecho que la economía es base de sustentación o estabilidad de la vida humana. La casa mejor, la que ofrece relativamente comodidad y holgura, esa debe ser el tipo necesario como habitación indígena en el país, lo cual comporta, como anhelo general, que cada familia necesita poseer un mínimo de posibilidades económicas que le permita la propiedad del suelo y la propiedad del hogar. Casa estable, ya no la choza transitoria, fugaz, como la erranza móvil del indio sin arraigos, sin raíces, sin apegos de firmeza. Casa, no solamente la tornadiza exigüidad de la choza desvalida hasta en su presencia física. Casa, no apenas el almacén que sostiene un techo de paja paramera, que amenaza volar con los vientos o hundirse con el tiempo.

El acondicionamiento del hogar en calidades de cierta elevación, esto es asunto que viene después. Es claro que el indio no

se acostumbra a que bruscamente se le ponga un lecho mullido, calefacción, baño caliente, etc. Pero la comodidad es cosa que se le admite, se la acepta poco a poco, habituándose a ella, lo cual significa cultura. Dónde se ha ensayado esta paulatina manera de mejorar la vivienda del indio en el Ecuador? Cuándo se ha intentado tal cosa?

La vivienda es parte de la vida del hombre. Debe haber una correlación entre la calidad dignificada de una vida, entre la jerarquía que al hombre le corresponde, entre la posición del ser inteligente, y su vivienda. La cueva del hombre primitivo, esa arisca manera de buscar refugio en la oquedad de las rocas o entre la tierra socavada adrede para abrir un refugio; la tentativa de hogar —jaula levantada en los árboles para huír de las fieras salvajes; la habitación lacustre, sobre arrimos de madera que emergen de las aguas; la afirmación de la casa en realidades de convivencia o vecindad, mediante la admisión de conglomerados de habitaciones, todo ello representa justamente los distintos matices de la existencia del hombre a través de las culturas. La choza es una movediza posición de cultura sin consistencias para el indio americano y ecuatoriano por lo mismo. La choza denota una edad pobre, infeliz en la valoración de esas vidas inermes y desoladas. Y naturalmente el concepto que otorguemos a la posición del indio, cuanto menos favorable resulte, tanta mayor será la culpa, no del indio, sino de los pueblos envanecidos de blancura racial y de civilizaciones en el aire. Es posible manifestar que la vivienda supone la modalidad precisa por la cual se conoce al individuo en sus merecimientos humanos: porque el hogar es responsabilidad inteligente, conciencia de un vivir correcto, apego de cariños y sentimientos que enaltecen el espíritu. Hogar es la vivienda, sí, pero sutilizada o sublimada en afectos familiares. Hogar es, no el palacio lujoso, pero sí una vivienda que ofrezca calor e intimidad y hasta ternura. El indio no cuenta sino con la choza inapta para provocar apegos. La choza mezquina es negación de abrigo por antonomasia, puesto que no lo tiene aún en su sentido propio. Con todo, el indio ama a la choza desmedrada, aunque le representa precariedad, insubstancialidad, falta de permanencia, ya

que solamente es soportable para la noche de indispensable descanso. De día, la choza se la ve más yerma, más infeliz, más parecida miméticamente a la tierra parda con que se amasaron sus bahareques. Solamente la casa la que modela una arquitectura empírica pero más resuelta, esa es la que ofrece incentivos de estabilidad al indio.

Pero la casa suya, su dominio, su propiedad plena. No la que se alza en tierra prestada o arrendada u ofrecida en caridad de huasipungo...

Tal sería, a grandes líneas, la filosofía de la choza del indio ecuatoriano!...

"Ñuca Huasi" N° 2, octubre de 1953

MENSAJE DEL YAMOR OTAVALEÑO

Enrique Garcés

Cada grano de maíz nos une a la proto-historia. Cada grano de maíz contiene un documento de las pasadas culturas. Sólo las perlas nutricias que pueblan la mazorca vienen desde el fondo milenario de aquellas civilizaciones que hoy las nombran "del maíz" y que germinan y borbotan en nuestra sangre. Por el maíz hablan silenciosamente los tiempos remotos y los hombres remotos, produciéndonos ligadura máxima: la tierra se incorpora a nuestras armaduras anatómicas y a nuestros laberintos del espíritu por el mensaje y la comunión del maíz. Y lo que somos, ser y esencia, vuelve a la arcilla matriz para cumplir el mandato máximo del universo que es rotación por la eternidad.

No sé por qué los pintores de América mestiza no han simbolizado a las mazorcas del generoso cereal con senos de mujer. Cuando la planta está en pubertad con sus espadas verdes en actitud de centinelas másculos y la flor con el anuncio de la fecunda-

ción, la gente de nuestro pueblo dice que el maíz "está en señorita", porque es más intuitivo a la par que lógico, haya o no paradoja en estos términos que acabamos de emplear. Los indios, quizá por secretos influjos de la tierra a la que siempre dieron sentido maternal, expresieron el seno vegetal, desgarrando los sostenes pudorosos de los brácteas, y hallaron el milagro del vino. Así, sin transustanciaciones, el maíz fue pan y fue vino por voluntad del indio maravillosamente constructor.

Es verdad que el maíz fue y es para el indígena, alimento, refrigerio, pan y vino. Las urgencias fisiológicas impulsaron al hombre hacia la búsqueda y el hallazgo de lo que ha de matar el hambre y ha de apagar la sed. Pero, a más de aquello, por la fuerza de los mitos y la energía de lo mágico, encontraron una necesaria interpretación: comulgar la tierra misma mediante el signo del maíz. Cuando el hombre de nuestro altiplano come el pan del maíz y bebe el vino del maíz, se une íntima y dolorosamente a la tierra. Come y bebe a la tierra, porque es ansia de incorporar a su cuerpo lo más deseado, principio canibalesco del amor. Cada grano de maíz es cuenta del rosario que enlaza al hombre con la tierra. Para el biotipo indoamericano, el maíz es lo que el maná. En el maíz, alimento inicial de las gentes primitivas de este Continente, habrá que estudiar historia y geología, genética y todo cuanto hasta hoy no pueden dilucidar las ciencias que escrutan el pretérito.

Aquí, en Otavalo, tierra y cielo autóctonos, llamamos "Yamor", al vino ocre que brinda la conjugación de todos los maíces en un proceso de germinación que tiene reminiscencias de un verdadero rito. Es la vida misma que se inicia, en el embrión o la semilla, la que se entrega totalmente para convertirse en jugo. En tanto la uva muere y se desangra para ser vino, el maíz amanece a la vida y se brinda con alegría. El vino de la uva es el espíritu de la uva. El vino del maíz es, al mismo tiempo, el espíritu y la carne del maíz. El "Yamor" cuando reúne al maíz blanco y al negro, al maíz mulato y al rubio, al maíz de todas las razas, habla del deber irrenunciable para llegar al mestizaje rotundo que nos ofrezca la promesa y la realidad de un hombre ecuatoriano, reciamen-

ecuatoriano, como producto de la tierra misma, que es recia y que es bella.

Tomad el "Yamor" en cumplimiento de un místico civismo ecuatoriano. Es un acto ritual en el comulgatorio de esta tierra y este cielo hondamente autóctonos. El "Yamor" nos une a la protohistoria y al futuro. La fiesta del "Yamor" que se celebra una sola vez al año, tiene los signos, como en toda mística, hondos y majestuosos de un renovarse. No lo olvidéis: Tomad el "Yamor" con la devoción necesaria que ha de llevarnos a la gloria de lo otavaleño. Es, ante todo, un acto de fe. Tomad el "Yamor", como vino de la tierra, como pan de la tierra. Tomad el "Yamor" y esperad, de acuerdo con vuestras propias conciencias y voluntades. Como aproximación a un nuevo nirvana de meditaciones, podremos entender al pasado forjando el presente y sabremos del presente como constructor severo del porvenir.

El genio tutelar del Imbabura puso el añil en esta techumbre que cobija al paisaje otavaleño, pero un añil con transparencia para que el espíritu transite libremente sin temor a las vallas del espacio y del tiempo. Puso también todas las armonías del sonido y lo cromático para que la tierra fuese bella, en plenitud de belleza y se avvicinde el hombre en un medio con energía prometedora para la libertad, la cultura, la belleza y la justicia, cuatro valores femeninos –hondamente maternales– que se confunden en síntesis de felicidad humana, como en el grano de maíz todos los componentes esenciales que le permiten ser, al mismo tiempo, pan y vino, carne y espíritu.

Y en este paisaje demoraron los Saransigs, los Imbayas, los Caras y, antes y después, una estratificación de grupos étnicos que han dejado su huella indeleble, huella que somos nosotros y nuestro destino. Todos fueron valientes, firmes, denodados y admirables en su edificar lento, penoso, milenario, de un terruño que florezca y de un espíritu que madure. Todos ellos fueron comienzo, audaz comienzo en verdad, porque se batieron contra lo bravío y lo hostil, contra los siglos, contra el mismo proceso casi brutal del amansamiento de la naturaleza por el hombre. Cuando

meditamos en la iniciación de la agricultura primitiva, podemos observar dos maravillas: no es solamente la planta la que echa raíces; lo es también el hombre. Allí comienzan las Patrias y los Pueblos. El hombre otavaleño y el maíz nacen juntos al calor de la misma tierra.

Vendrá más tarde el golparrón de la conquista. No para sustituir las bases de un pueblo que estaba en marcha, sino para enriquecerlo con el aporte de nuevas culturas. He aquí lo que precisa distinguir con absoluta fijeza: no hay sustitución, sino enriquecimiento. Quienes afirman que hubo desplazamiento total de lo autóctono traicionan a la estirpe y se traicionan a sí mismos porque no se puede ir con la negación histórica a la negación étnica. Hubo enriquecimiento, eso sí, aunque este aporte haya sido pleno de amarguras, depredaciones, y tremendos yerros que nos toca corregirlos para que no perduren causándonos daño. Sólo un mestizaje biológico y psíquico, bien definido, ha de ser nuestra máxima decisión ecuatoriana.

Pero no es de tesis sociológicas de lo que he venido a hablaros. Es de los símbolos de Otavalo, parcela de la Patria, los mismos que tienen que adentrarse, más y más, en nosotros hasta que se conviertan en vivencia, en mística, en sentimiento y en sensación hacia una meta de grandeza.

Libertad y Cultura es nuestra vocación otavaleña porque lo es del Ecuador entero. Los otavaleños –quizá lo olvidemos con grave frecuencia– tenemos dos personajes que para mí encarnan, resumen, simplifican esa vocación irrenunciable, por ser vocación y temperamento, hacia la Libertad y la Cultura. Y son dos personajes humildes al parecer. El uno, indio total; el otro; la otra, mejor, mestiza también total. Han de perdonarme, especialmente los jóvenes, que en pocas palabras intente dibujar el magnífico perfil de sus tareas. Y justamente para dar sentido exacto a lo que en la civilización de los pueblos ha realizado la Pareja Humana, esos dos personajes son un hombre y una mujer: Jacinto Collahuazo y "La Perejila", nombre vegetal y aromático que la

masa dio a una extraordinaria f emina del pueblo que no fue comprendida antaño ni que la entendamos hogaño.

Collahuazo es el ansia aleccionadora por la Cultura. Indio que se libera por si mismo de la tiniebla para aprender a leer y escribir; que lee y escribe para afirmar las bases de la nacionalidad ecuatoriana en sus monumentales concepciones sobre los derechos de Atahuallpa en al territorio sagrado de los Shyris, ese territorio que es el Reino de Quito, la Presidencia de Quito y la República libre y soberana del Ecuador. Lee y escribe para dignificar la tarea de los indios y que cuando estudia arduos problemas sociales y políticos de su América, especialmente de su Patria, no se acobarda en realizar el examen comparando a reyes e instituciones de América aborigen con los de Europa, de igual a igual, como varón de cultura precisamente. Los otavaleños debemos agradecer sin límites al padre Juan de Velasco porque salv  los altos testimonios de Jacinto Collahuazo, indio de Otavalo, que sintió a la Cultura porque en su carne y su espíritu germinaron las vibraciones de la tierra otavaleña. Collahuazo, signo inequívoco de nuestra vocación por la cultura.

Claro está que los esfuerzos heroicos por la libertad son una sucesión de hechos magnos. Aquel Cacique otavaleño, Tocag n, que es eje de la resistencia contra la invasión de Huayna Cápac a la Provincia azul del Imbabura; aquellos esforzados m lites indios que integraron el famoso batallón de los Huambracunas que irá hasta el Cuzco mismo a imponer la justicia y el derecho al mando de Atahuallpa y Rumiñahui, son germen admirable de nuestra vocación por la Libertad. Empero esta ansia de Libertad no pedí sólo reclamo varonil por el goce mismo de la condición del hombre libre dentro de campos limitados. La Libertad es tan espaciosa. Se puede ser libre de un sojuzgamiento y esclavo de otro sojuzgamiento. Por eso pienso en "La Perejila".

Ella defendió a los indios contra el abuso de los que nos llamamos blancos. Inolvidable será para nuestras retinas la fila larga, larga, de ponchos y rebozos que por la mitad de la calle real seguía a "La Perejila". La Capitana a la cabeza. Era una fila que en-

carnaba Libertad y Justicia. Avanzaba por oficinas y juzgados, por despachos de abogados y comisarías, por todos los lugares donde precisamente se burlan a la Justicia y a la Libertad. Y "La Perejila", noble mestiza, juzgaba a los jueces, alguacilaba a los alguaciles, sofrenaba a abogados, tinterilleros, clérigos y rúbulas. No sabía de Códigos ni de Leyes hechos por gentes blancas, pero ardían en su mestizaje las más altas y puras sentencias de la Libertad y de la Justicia. Abogada perfecta de los débiles, paño de lágrimas de los humildes, al mismo tiempo caudillo y madre, suma matemática de un grito lacerante de Libertad y de un grito admonitivo de Justicia. Así la veo a esa extraordinaria mujer mestiza, ancha de cuerpo y de espíritu, voz del maíz y del indio, reclamo permanente. Y así, anónima, llamada solamente "La Perejila", con nombre vegetal y oloroso, en sustancia misma de esta vocación de Libertad que crece con pompa y rebosamiento en todos los otavaleños. En momentos que Otavalo daba al País una impresionante lección de cómo es pujante un pueblo cuando hace con su brazo lo que dice con su voz y organizaba mingas de cuatro, cinco y siete mil trabajadores para abrir el Ferrocarril, esta mujer mestiza y otavaleña, llevando la bandera nacional en sus brazos, sobre un jamelgo de triste plantaje, se constituyó en jefe maravilloso de miles de indios armados de herramienta bienhechora. Era la vocación otavaleña por la Libertad económica la que prendía en su gesto heroico para descuajar los montes y conseguir que el tren avance a esta Provincia a la que llega hoy fumándose alegremente nuestro cielo.

Esta es la verdad y el mensaje que nadie puede negar: Otavalo tiene, mantiene y retiene una vocación, una devoción y una resolución por ser libre y culto. Otavalo entiende que no hay posibilidad de libertad sin cultura y que no puede existir cultura sin libertad. Ni los oscurantismos, ni las sectas, ni nada ni nadie podrá intentar batir este inmenso basalto andino que constituye el espíritu del hombre libre y culto. Tiene raíces hondas en la entraña misma de la tierra. Amamos todas las libertades porque solamente ellas dan razón a la existencia del hombre. Amamos todas

las culturas porque solamente ellas deslindan con claridad los niveles de la vida inferior y superior.

Tomad y bebed el "Yamor" para acercaros a la tierra misma y asiros a ella. Nos fortalecerá grandemente. Nos dirá que Otavalo, pueblo que se levanta, es bello y magnífico a medida que es libre y culto. Cada otavaleño tiene encerrado en su vida un poco de Taita Imbabura. De la montaña paternal solemos llevar, encendida, ardiente y crepitante la llamarada cárdena y purificadora del amor al suelo donde nacimos entre esos pañales dorados de una vocación esencial por la Libertad y la Cultura. Es por esto, y por otras cosas más, que ser otavaleño es una enorgullecedora dignidad.

"Ñuca Huasi", N° 2, octubre de 1953

CHISPAZOS DE REDENCION

Francisco H. Moncayo

Con la frente empinada, el ojo escrutador, la cabeza movible en el seguimiento constante de las caprichosas ondulaciones de los chaquiñanes, el indómito cacique apuñala distancias envueltas ya por las primeras sombras del monte que rebotan en las negras crestas del Pacarímac y se destienden por toda la Comarca. El aposento está repleto de las representaciones de tribus leales a la memoria del monarca cobarde y alevosamente asesinado en Cajamarca. Distintas fuerzas psicológicas animan los espíritus y forjan extrañas algarabías en contraste con el tradicional mutismo de la raza en la normalidad de los días. Sólo los hombres de Caranqui y de las distantes Urcuquí y Tumbabiro –pese a lo lejano de los lugares, no fueron los más tardos en llegar en rubricación firme de anuencia y aceptación de la convocatoria efectuada por Chasquis misteriosos– se encuentran sumidos en hondas reflexiones. Quizá añoran el Tahuantinsuyo forjado por el hijo de Pachac y de los súbditos, en un loco milagro legendario,

en arremetidas gloriosas y de contrastes hasta el minuto indecible del resonar de los churus y los taquis quiteños en la vieja ciudad de los incas y del rumor alegre y firme de la planta de las valientes y animosas mesnadas de los huambracunas... O talvez meditan en las duras jornadas de Atuntaqui, en la muerte aciaga de Cacha el último Duchicela; en el desvalimiento de las legiones sin jefe; en el alzamiento infortunado de Caranqui con el macabro epílogo de Yahuarcocha; en todos aquellos trances difíciles del vencimiento, pero de los cuales, por esa levadura propia de su sangre y estirpe, lograron, en definitiva salir los vencedores. Al fin, ya están completos... Han llegado los de Cayambe y los pueblos aledaños y el Jayán de Gualsaquí... Otavalo impone silencio. Su voz sonora se quiebra en la invocación a la dulce Mama Quilla; le entrega los hogares, las mujeres y los cervatillos, los hijos del corazón que van a ser abandonados... y se alza, de nuevo poderosa, cuando llama al Inti soberano, el Dios de sus mayores, el que encendió la fibra de los espíritus, el que les forjó a su imagen y semejanza y les dio la gallardía, la mente fresca y de pensar elevado al ser acariciada la cabeza por la brisa delicada y de perfume, el corazón bueno y acogedor pero que sabe de las transformaciones en hoguera, en furor de volcanes, cuando golpetea la perfidia, la traición, el ultraje... La imprecación es rugido entrecortado al recordar la gesta de la raza, precautelada en cada paso por el Dios invisible que se manifiesta en grandezas naturales. Las playas del mar incognocido, cuyas rutas peligrosas se abrieron apacibles; el escalonamiento de las alturas por selvas espesas e intrincadas; el descenso a los valles profundos por las márgenes hostiles de ríos de aguas tías y ruidosas y la tierra tropical y buena, de leche y miel, la tierra entregada para su destino y al devenir de las generaciones. Tierra del Inti. Dada por él, recibida con dolor, trabajada con lágrimas, con sudor y con sangre. Tierra exclusiva de los hijos de él, para la grandeza de él y de su pueblo. Años de lucha en defensa del solar amenazado... Cochasquí... Cayambe... Pucará... Atuntaqui... Caranqui... Yahuarcocha... El Gran Tahuantinsuyo... Atahualpa... Pero el músculo permanece inactivo. Antes la chicha enardecía el ánimo. Nos condujo a jornadas de gloria. Pero ahora nos enerva... Hombres del norte, si amamos

la Vilca y el Huasi propios, el Inti estará con nosotros. Quizá no sea tarde... Junto al calor de la lumbre, símbolo del hogar y del vínculo, todos, como un solo hombre, levantémonos, empuñemos la lanza o la turpuna y no descansemos hasta arrojar al blanco, establecido ya en Quito y cuya garra se extiende con la provisión de la encomienda. No ha llegado hasta nosotros en forma estable, pues sólo asoma para exigir tributo... La lucha, la lucha sí, la lucha contra él hasta vencer o hasta morir nosotros... Otavalo ha hablado.

La luz de la hoguera proyecta la silueta bronceína de Jayanes... Fondo negro de sombras impenetrables. Rugir de truenos, anunciador de inminente tormenta que acompaña el de los hombres transformados en fieras. Zigzagueo de relámpagos. Gotas de agua, iniciales de tempestad natural que no ahuyenta la tempestad desencadenada en el espíritu guerrero de los hombres de la asamblea, enardecidos por la palabra del Cacique...

La lucha sí... hasta vencer o morir!...

Isabel Yarucpalla, la cuzqueña de la sangre real de los incas; la aseñoreada y grave, la generosa y afable en su trato; gallarda y decorosa en sus maneras que manifestaba en todo la nobleza y dignidad de su familia, como así la pinta quien encontró el detalle de la tradición (1), no ha guardado el dolor de la viudedad con toda su grandeza. El cuadro terrible de Cajamarca, la majestad del Inca derrumbada y envilecida; su prisión; la entrega generosa e inútiles del tesoro real, el cambio del nombre ilustre de Atahualpa en el sencillo de Francisco –no en Juan– (2), en ceremonia de aparatosa imposición; el ruego del monarca atribulado al presentir una muerte cercana y afrentosa, para la protección de sus pequeños hijos, pidiéndola aun con lágrimas en los ojos; la muerte oprobiosa a garrote, por un crimen inexistente... Todo aquel calvario sin nombre del dueño del imperio y su señor, habíase esfumado en su espíritu. La fuente del llanto, viva en el corazón de los demás, en ella habíase extinguido por completo. No había agostamiento en la exquisita florecilla del Cuzco que encantara los

ojos del monarca y perfumara su vida, sino reverdecimiento de ardor y juventud...

...La huída de Cajamarca hasta Quito en marcha precipitada, prolongada en etapas difíciles y angustiosas, contribuyó, indudablemente, al olvido de la cruel tragedia, y en su alma de mujer impresionable que sentía ya la soledad y el desvalimiento, cobró amor la gallarda figura de uno de los hombres vaticinadores del Reino y que asomaban por los caminos en el seguimiento de la persecución y la conquista. Y en Quito, domeñada por el infortunio y el empequeñecimiento de su grandeza venida a menos, se acuna entre los brazos del don Juan conquistador, uno de los tenientes de Sebastián de Benalcázar, el capitán don Diego Lovato. Prueba el sabor de sus besos en distinto proceso de afectos desconocido hasta entonces. Paladea el exotismo del nuevo querer y se entrega toda ella al español, en los paréntesis del sosiego que deja a éste los avatares de la empresa y la aventura... No está aún completamente desvinculada de los suyos. El lazo de la sangre y del antiguo prestigio entre los súbditos del imperio, no ha llegado a romperse, no se romperá nunca, pese a la atadura de su reina con el conquistador estrafalario, cruel y por distintos conductos de la servidumbre y allegados, rumores de rebeldías y conjuras llegan a sus oídos y en la intimidad del lecho trascienden al amante. Y es así cómo es conocida la agitación de los pueblos del norte por iniciativa de Otavalo, el Cacique orgulloso, querendón de su tierra y libre de coyunda. Y es así, cómo Pedro Puelles, el Teniente de Gobernador de Quito, puede prepararse para debelar la mal denominada rebelión, en desconocimiento del día aquel de la gran asamblea convocada, en el aposento legendario.

La noche es tormentosa, negra como condenación. El charrón empapa a los soldados y dificulta sus movimientos. Se esconden los arcabuces bajo la amplitud de las capas. El camino es fragoso, pero está cercano el punto de llegada. El páramo quedó atrás, y comienza ya el descenso a las tierras del rebelde. Y sin embargo, hay que seguir cayendo y levantando, intuyendo el peligro para evitar los precipicios, aprovechando la fugaz luminosidad de los relámpagos para el avance, venciendo la conjura de los ele-

mentos naturales, en connivencia con la de los indios. Paso a paso, el caballo guiado con infinitos cuidados, sostenido por las bridas. Adelante, siempre adelante, sacando de las malas condiciones un provecho... Sí, allí está la hoguera denunciativa de la concentración. Allí el aposento. Los guías lo señalan y la algarabía de los pechos robustos que surgen del espacio como otros tantos truenos de furor incontenible o rugido de volcanes...

El tambo está cercado. Santiago y a ellos!... Los arcabuces se encienden en estrépito y los fieros soldados, con el ruido de sus armas y sus figuras amenazantes, como torvos espíritus, penetran en la estancia, reducen a prisión a todos los que pueden, los escarmientan con suplicios y ha pasado el peligro.

Al día siguiente, el pueblo es condenado a la destrucción. La jornada macabra se inicia con la muerte del Cacique. El pendón de Castilla flota en la brisa matutina como imposición del ansia de libertades perdidas y como signo de nuevas encomiendas, de los obrajes, de la esclavitud y de la humillación sin nombre de convertir en siervos a los que fueron señores... Sarance fue señalada como centro de parcialidades del norte y empezó la reducción de algunos pueblos circunvecinos como base para el asiento de la primera población española en los campos de Imbabura y Carchi, abiertos a la codicia de quienes buscaban El Dorado.

Y establecido el asiento, posteriormente; en vez de Sarance, Otavalo fue el nombre del poblado, imposición del recuerdo del patriota cuyo nombre quedará vibrando en el ambiente como un símbolo inmarcesible del amor a las libertades y a las nobles rebeldías.

"Ñuca Huasi" N° 2, octubre de 1953.

NOTAS

- 1 José Gabriel Navarro.
- 2 Documentos existentes en la Corte Suprema de Justicia

LAS CHICHAS Y LA CHICHA YAMOR VISTAS A TRAVES DE LA HISTORIA

Luis A. León

La chicha, "aca" o "azua", fue una bebida que utilizaron nuestros aborígenes desde épocas precolombinas; en las fiestas del Sol, especialmente en las llamadas *Raimi* y *Cittua*, en las reuniones del *ayllu* y de la familia, en las faenas agrarias y dentro del hogar mismo, la chicha era el fluido estimulador; servía para excitar el espíritu guerrero, exacerbar el ánimo, mitigar la sed y el hambre; era el único licor espirituoso del indio y la materia alcohólica que alimentaba las bacanales. Los españoles, introduciendo en la América la caña de azúcar, enseñaron al indio el consumo de alcohol y del guarapo...

Algunos hombres de ciencia son de la opinión de que la chicha en tiempos precolombinos no fue una bebida de uso popular, sino de carácter ritual, y fundamentan su teoría en el hecho de que en las tumbas de sacerdotes y jefes civiles se hallaron múcuras cuyos sedimentos una vez analizados correspondieron a los de la chicha fabricada mediante la fermentación del maíz; éste es el criterio que tiene también el ilustre Profesor de Higiene de la Universidad de Bogotá, Dr. Jorge Bejarano (*La Derrota de un Vicio. Origen e Historia de la Chicha*, pág. 25). En lo que respecta al Ecuador, Perú y Bolivia se puede asegurar que la chicha fue de uso popular; de las huacas se han extraído en gran cantidad vasos, vasijas, frascos, compoteras, ollas y otros recipientes de cerámica, conteniendo muchos de ellos chicha todavía en perfectas condiciones, que algunos hemos tenido la oportunidad de probarla; se diferencia de la que actualmente se elabora por su sabor agridulce, lo cual es muy explicable porque la raspadura y similares obtenidos de la caña de azúcar conocieron los indios con la venida de los españoles. La miel del maguey que ha sido elaborada en México, no tuvo igual difusión en el imperio de los incas. Estas

obras de alfarería que portaban chicha se han encontrado en sepulcros ordinarios, que posiblemente correspondieron a gente del pueblo. La mayoría de los cronistas, por otra parte, nos han referido sobre el uso bastante extendido de la chicha entre los indios a raíz del descubrimiento de este gran sector del continente americano. Es innegable que durante el siglo XVIII y XIX y aún en el siglo XX, el mestizo y el blanco se han apropiado de la elaboración y venta de esta bebida, fomentando el vicio y agravando el problema social del indio.

La chicha, desde aquellas épocas, a la vez que servía de bebida y sustento se le daba también el uso de medicamento para la cura de muchos males; el Padre Bernabé Cobo (1636) en su Historia General de las Indias (Libro IV, Tomo I, págs. 340 y 347) nos ha dejado escritas las diferentes prescripciones que se hacían de ella: la administraban como diurética, para evitar la formación de las piedras en las vías urinarias, como desinfectante de éstas y para quitar las purgaciones de los riñones. El docto historiador, además, dejó esta observación: "El concho aplicado a los pies, quita el dolor de la gota, y lo mismo hace sobre la ciática". El Padre José de Acosta (1590) en su Historia Natural y Moral de las Indias (Tomo I, cap. XVI) nos refiere que la chicha la tienen como medicina "porque en efecto hallan que para los riñones y orina es muy saludable bebida, por donde apenas se halla en Indios semejante mal, por el uso de beber su chicha". Los indios emplearon esta bebida también para curar el tabardillo o tifus; Antonio de Ulloa y Jorge Juan (1748) nos relatan la forma como aplicaban los indígenas dicha medicina: "reduce a arrimar cerca del fuego al enfermo con aquellas dos zaleas, que les sirve de cama, y ponerle inmediata una botija de *chicha*; con el calor de la Fiebre y del fuego que lo atormenta. Se alteran tanto que cada momento beben; esto les hace prorrumpir y al día siguiente suelen estar buenos o empeorar para morir más breve". (Relación Histórica del Viaje a la América Meridional, Tomo II, p. 564).

Ha transcurrido más de tres siglos del descubrimiento de estas tierras por parte de los españoles y la chicha sigue siendo la bebida favorita del indio; pero gustan también de ella el mestizo y

el blanco, tanto por su sabor como por los pingües beneficios que obtienen en el mercado.

En las parcialidades indígenas de Imbabura, la chicha continúa siendo el licor más apetitoso; cuando colocan la última teja en una casa, en las cosechas, matrimonios, velorios, fiestas religiosas, etc. esta bebida ejerce todavía su malévolos poder. Los indios durante los sábados y domingos se congregan en las "chicherías" a disfrutar sus días de ocio, entregándose en manos de Baco hasta embrutecerse y convertirse en los seres más pendencieros y detestables. En Imbabura y en otras provincias interioranas del país, el comercio de la chicha ha venido a ser el sostén económico de numerosas familias, de algunos Municipios y aún del Fisco. Hasta hace poco el "remate de las chichas" eran un suceso espectacular en la vida económica de muchos pueblos de la Sierra.

Los intentos de la erradicación del chichismo siempre han fracasado en nuestro medio; sus efectos en la disminución de las rentas municipales y fiscales, el comercio clandestino, la falta de otras bebidas más saludables y baratas, la gran facilidad de su elaboración, etc. han sido factores que han contribuido a que el chichismo sea todavía uno de los vicios sociales más difundidos entre los indios y mestizos.

En el campo de la medicina, actualmente, el uso de la chicha nos ofrece tres aspectos: el social, el toxicológico y el terapéutico. Desde el punto de vista social ha venido preocupando a varios higienistas del país; la chicha, como bebida alcohólica que es, no hay la menor duda que ejerce efectos morbosos en el organismo; se ha comprobado que ataca con cierta predilección a los sistemas nervioso y endocrino, a los aparatos digestivo y circulatorio, y que los disturbios orgánicos que ella determina predisponen a la criminalidad, a los nacimientos teratológicos y al cretinismo. Su acción morbosa es comparable a la del alcohol.

Su aspecto toxicológico reviste también enorme importancia; como resultado del proceso de fermentación se ha descubierto que contiene varios alcoholes superiores, furfuroles y pto-

maínas, que son de un poder altamente tóxico. A este respecto el Prof. Jorge Bejarano nos refiere este hecho histórico de importancia: "En la presencia de furfuroles, de ptomainas y de alcoholes superiores, está, a nuestro parecer, suficientemente explicada la mortalidad que produjo la ingestión de chicha a los soldados libertadores que venían con Bolívar de la campaña de los Llanos, a su llegada a la ciudad de Sogamoso en Bogotá. Este hecho, referido por Bolívar a Santander, en oficio de 20 de marzo de 1820, lo achacó el Libertador a la ingestión de la tóxica bebida". Si a esto añadimos que los industriales para "volverle a la chicha cogedora" le agregan durante la fermentación el jugo de algunas solanáceas, orinas y a veces hasta huesos humanos o de animales, la acción tóxica de dicha bebida es grave y compleja. En ocasiones debido a la conservación en utensilios de cobre, bronce a estaño, por su poder corrosivo, la chicha se carga de tóxicos mortales, accidentes que muy a menudo se registran entre nosotros y de los cuales da a veces cuenta la Prensa. Por todas estas circunstancias la chicha que se expende en el comercio es más nociva que el mismo alcohol.

En su aspecto terapéutico, el uso de la chicha como medicamento ha variado muy poco de las indicaciones que en antaño se tenían; a la mujer del pueblo se le oye todavía recomendar el uso de la chicha para las afecciones urinarias y como medicación depurativa, amén de muchos otros usos que se hacen de ella. Sobre todo en el medio rural la chicha es el mejor recurso que dispone el brujo y el curandero.

El *Yamor* es una chicha especial que se prepara en el Cantón Otavalo con motivo de la fiesta de Montserrat o fiesta de María; se la elabora a base de "jora" o sea de maíz germinado, de "chulpi", "canguil" y "morocho", que son variedades del mismo maíz, fuertemente cocidos y fermentados y a cuyo licor se añade un poco de azúcar. Como resultado de la fermentación y transformación química, en la superficie del líquido se forma una capa aceitosa, la "flor", que no observamos en la chicha ordinaria. La *chicha yamor* difiere también de ésta por su exquisito sabor y por sus propiedades tonificantes y enervantes, razones por las cuales tiene mu-

cha fama y demanda entre los blancos y mestizos del Cantón. La Bromatología, quizá encuentre en esta bebida muchos y muy valiosos principios nutrientes. Pero está aconsejado no abusar de ella en bien del estómago y del cerebro.

Su fórmula de preparación parecer ser una peculiaridad de Otavalo, no la hemos encontrado en otros lugares. El Padre José de Acosta en 1590 nos dio a conocer algunas modalidades de chicha que se elaboraban en estos países. Veamos lo que dice a este respecto: "El vino de maíz que llaman en el Perú azua y por vocablo de Indias común chicha, se hace de diversos modos. El más fuerte al modo de cerveza, humedeciendo primero el grano de maíz, hasta que comienza a brotar, y después cociéndole con cierto orden, sale tan recio, que a pocos lances derriba; éste llaman en el Perú sora y es prohibido por ley, por los graves daños que trae emborrachando bravamente; mas la ley sirve de poco, que así como así lo usan, y se están bailando y bebiendo noches y días enteros. Este modo de hacer brebaje con que emborracharse de granos mojados y después cocidos refiere Plinio, haberse usado antiguamente en España y Francia y en otras provincias, como hoy día en Flandes se usa la cerveza hecha de granos de cebada. Otro modo de hacer el azua o chicha es mascando el maíz y haciendo levadura de lo que así se masca, y después cocido: y aun es opinión de Indios que para hacer buena levadura, se ha de mascar por viejas podridas, que aun oirlo pone asco, y ellos no lo tienen de beber vino. El modo más limpio y sano, y que menos encalabrina, es de maíz tostado; esto usan los indios más pulidos" (Ob. citada, Tomo I, cap. XVI). El religioso Antonio Vázquez de Espinosa (1629-1630) en su Compendio y Descripción de las Indias Occidentales, nos describe también los diferentes modos de elaborar las chichas (Cap. 17 Nos. 1219 y 1220), que en líneas generales se parece a la descripción que hace el Padre Acosta.

En los pueblos de la Región Interandina ha prevalecido el uso de la elaboración de la chicha a partir de la "jora" o "sora"; en cambio en el Oriente ha quedado la costumbre de utilizar el chontaturo, masticándolo primero y luego fermentándolo.

Volvamos a la *chicha yamor* del pueblo otavaleño. En la bibliografía folklórica ecuatoriana no nos ha sido posible encontrar el término *yamor*; el Chantre Alejandro Mateus (Riqueza de la Lengua Española págs. 88 y 89); Luis A. Moscoso Vega (Vocabulario de Sugerencias Lexicogenésicas págs. 87 y 88) nos traen sólo la palabra *chicha*; más este vocablo lo emplean también en Guatemala, Colombia, Perú, Bolivia, Chile, Argentina y en otros países de la América Latina, y como un americanismo se ha incorporado ya en los Diccionarios de la Lengua Española. Nuestro bienpreciado amigo y escritor, Dr. Jaime Barrera en su artículo "Embrujo del Yamor" (Revista Municipal del Cantón Otavalo Nos. 6 y 7, págs. 11 y 12), acerca del origen de este término nos dice: "¿Será tal vez la corrupción de las palabras "de amor", *chicha* de amor, que pudo haber tenido en lejanas épocas?, ¿o será algún nombre de magia india conservado a través de generaciones y cuyo sentido esotérico se ha perdido con el paso de los años?"

Efectivamente, removiendo la historia se encuentra que este vocablo existió ya por los años de 1584 a 1614; pues, el famoso historiador indio Phelipe Guamán Poma de Ayala en su obra "Primer Nueva Coronica y Buen Gobierno", escrita por aquellos años, nos habla ya de la *chicha yamor*, que era elaborada por las indias *Acllaconas* que rodeaban al Inca. Transcribiremos los dos párrafos que tratan sobre este licor:

"Otra casa de *Acllaconas del Mismo Inga* que algunas destas eran vírgenes algunas estaban corrompidas y amanzebas del mismo Inga eran hijas de principales y estas se ocupaban solo en hazer rropa para el Inga mejor q' tafetan y seda y hacia linda *chicha* q' de tan bueno madurava un mes llamado *yamor toctoy*". (Pág. 300). El otro párrafo dice lo siguiente: "Como el Inga se Regalava de Muchos rregalos comía escogido mays *capya utcosara* y papas *mauay-chaucha* -y carnero llamado *cuyro* blanco- y comía *chiche* -conejo blanco y mucha fruta- y patos- y *chicha* muy suavi q' madurava un mes q' le llaman *yamor aca* y comía otras cosas q' no tocava los indios sopena dela muerte". (pág. 333).

De esta importante relación, escrita entre castellano y quechua, se deduce que las palabras *yamor aca* o *chicha de yamor* (ya que *aca* es sinónimo de *chicha*, según se puede ver en los "Comentarios Reales de los Incas", Tomos I y II, de Garcilaso de la Vega) existieron en tiempo del incario, y que a través de los siglos se han conservado sólo en el Cantón de Otavalo; gracias a la crónica del historiador indio hemos podido saber que el *yamor* era una chicha elaborada por las *acllaconas*, hijas de los principales, que rodeaban al Monarca y que dicha bebida estaba consagrada exclusivamente para el consumo del Rey Inca, siendo terminantemente prohibida para los demás indios so pena de muerte; era "suave" y "linda" chicha, y por consiguiente muy distinta de las que consumían los jerarcas y el pueblo. Era, pues, una bebida elaborada por las vírgenes para consumo exclusivo del gran Hijo del Sol. En el pueblo de los sarances, quizá, sus vírgenes elaboraron la *chicha yamor* para uso del rey de los Imbayas, y esta bebida espirituosa y tonificante que en Otavalo se prepara en el mes de María tenga, probablemente, los hechizos y delicias de la bebida real.

"Ñuca Huasi" N° 2, octubre de 1953.

NUESTRA SEÑORA DE OTAVALO

Enrique Garcés

Palabras leídas en la ceremonia de proclamación de la Señorita Exposición - 1954.

Nuestra señora de Otavalo, eclosión de la tierra misma para llegar al símbolo de su majestad y fortaleza. Es el pueblo otavaleño el que se encarna, se exalta, se rinde homenaje a sí mismo al escoger su enseña heráldica plasmada en la adorable representación de una hermosa mujer, Nuestra Señora de Otavalo.

Arcilla, maíz y floripondio otavaleños, en la estatuaria de tu cuerpo.

Remotas vibraciones del Saransig floreciendo en el pensamiento de hoy, modelaron tu espíritu.

La espiga de estas campiñas profundamente nuestras, forjó la promesa de tu gracia.

El capulí maduro de la colina se hizo noche en tus ojos.

Ritmos de color y sonido imbabureños, en tu armonía de mujer otavaleña.

En tu mente, clara como los manantiales, se diluyó el rondador nativo.

Bella y gentil porque eres hija del Viejo Imbabura. La sal de esta tierra amada, esencia de nuestro existir; pasado, presente y mañana de nuestro horizonte y nuestro destino.

Aroma y dulcedumbre, historia y mística, mujer de los simbolismos máximos, eres Nuestra Señora de Otavalo.

Tiembla mi voz porque no es sino llama votiva ante el santuario de las tradiciones de nuestro pueblo. en su temblor te saluda, Nuestra Señora de Otavalo, a nombre de tus hermanos que tuvieron la ventura de nacer donde tu naciste.

Quisiera el milagro de mi juventud ya lejana para dejarla a tus pies. Pero mi ofrenda total, como la del que se va a morir inebriado por la luz, son estas palabras de unción. Digo lo que digo, Nuestra Señora de Otavalo, porque mi actitud es de plegaria.

Si nuestra actitud quisiera decaer, confórtanos.
Purifica nuestros anhelos con la ceniza de los mayores.
Levántanos con tu mirada si nos ronda la fatiga.
Sanen tus manos suaves nuestras lastimaduras.
Enséñanos el norte y la reciedumbre.
Maduren las mieses y perfumen las flores a tu paso.
Nos inunde de alegría una sola de tus sonrisas.

Pídele al Imbabura que proteja a la Tierra Nativa.

Danos fortaleza con tu consejo y amor.

Envíanos prosperidad con la lluvia y el sol.

Te cante el trabajo himnos reverentes.

Las manos encallecidas pongan orlas en tu ventana de la altura.

Infúndenos heroica decisión para la causa otavaleña.

Recoge nuestros dolores y conviértelos en triunfos.

Recibe nuestros sístoles y fecunda este paisaje magno.

Toma nuestras esperanzas y transfórmalas en nuevas cosechas.

Nuestra señora de Otavalo, nunca nos desempares

Con tus caricias haz que seamos mejores

Dueña de nuestra vida, hazla útil y hermosa

Dueña de nuestra muerte, hazla que abone a la tierra

Que tus labios sean manantial de justicia.

En tu regazo nos sintamos unidos eternamente.

Que en tu pecho se mantengan inmarcesibles nuestras glorias.

Proteja tu sombra bienhechora las Letras y las Artes.

Preside siempre la augusta voluntad de tu pueblo para que sea libre y culto.

Digo lo que digo, Nuestra Señora de Otavalo, porque ante tus atributos y símbolos, mi corazón y neurona de otavaleño están en actitud de plegaria.

"Ñuca Huasi" N° 4, octubre de 1954.

IMAGINERIA COLONIAL DE LOS RETABLOS OTAVALEÑOS

Víctor Alejandro Jaramillo

EL SEÑOR DE LAS ANGUSTIAS

Incomparable maravilla de arte. Fidelísima copia del Hombre-Dios en un instante de la crucifixión. Drama humano,

hondo y sangrante, el que expresa la fluida imagen de Cristo en la agonía. Nada más patético, sin extorsionismos; nada que llegue de modo tan vivo al corazón creyente.

El Señor de las Angustias es el Patrón de Otavalo. El pueblo le profesa acendrada devoción. A la vista de la conmovedora efigie, tocada de sobrenatural belleza, el corazón otavaleño rebosa dulce placidez, suave y firme esperanza. De allí que el Santo Cristo de las Angustias, como ninguna otra imagen, identifique a Otavalo con los más nobles anhelos del alma.

¿Cuál es el artista que esculpió esta portentosa imagen? El Padre Juan de Dios Navas en su obra "Ibarra y sus Provincias" asegura que tan notable escultura salió de los talleres del artista quiteño D. Bernardo de Legarda. Los documentos que encontrara este acucioso investigador de las antigüedades coloniales de Imbabura y el Carchi, dan razón de la existencia de la sagrada efigie en el año de 1802, año en el cual se conservaban solamente unas ruinas de la Capilla que se había levantado para su culto, entre el templo de San Luis, unas tiendas del Marqués de Villa Orellana y el cementerio parroquial.

Nuestras investigaciones personales nos han llevado a encontrar un documento que establece el origen remoto del Señor de las Angustias, imagen divina que recibía culto ferviente de nuestros mayores, hace más de dos siglos, por los años de 1734, siendo al parecer, uno de los años inmediatamente anteriores el del arribo a la católica San Luis de Otavalo, en donde "en trece de abril se hizo la memoria de los devotos del Señor de las Angustias para el año venidero de setecientos treinta y cinco años". En esta referencia se ha suprimido la palabra mil, que debía formar parte del año pero que no hace al caso, porque se trata de una supresión muy común en los documentos de la época. Lo cierto, lo concluyente, es que el 13 de abril de 1734 se levantó la nómina de los devotos de la Portentosa Imagen, que habían de celebrar la fiesta del Señor, el año siguiente.(1)

¿Fue esa la primera nómina de devotos del Señor de las Angustias? El documento aludido no lo expresa taxativamente, pero no hace falta que tal lo diga, porque se sobrentiende que al hacerse, como se hizo, una memoria completa de los devotos del Señor, que iban sucediéndose en la celebración anual de su fiesta, desde la fundación hasta el año de 1802, en primer lugar se menciona un documento de 1734, año en el cual se verificó la reunión en que se nominaran los devotos del Señor de las Angustias que habían de celebrar su fiesta en el año siguiente de 1735.

Un documento posterior, de 1777 (2) habla de la existencia de la Capilla que se consagrara a esta Santa Imagen de Cristo Crucificado, joya artística bendecida por sus notables milagros, noble aún por su antigüedad, que arribara a Otavalo como a un castillo de fe, en el año de 1734 o, más probablemente, en un año en poco anterior a éste, en que Dios le dio prueba elocuente de hacerla más privilegiada aún, obsequiándola tan invalorable tesoro.

OTAVALO, POBLACION MARIANA

Por la especial devoción que ha tenido la población de Otavalo a la Virgen María, desde la fundación del Asiento, en 1534, hasta los días que corren, puede aseverarse que el reinado de la Doncella de Nazaret en la ciudad azul de nuestra provincia, ha sido continuado.

El Corregidor D. Juan Fernández de Bustillo, en el año de 1644, obedeciendo la disposición de una cédula real, que la tomó en sus manos, besó y puso sobre su cabeza "hiso junta de los mas vesinos que rresiden en terminos deste Corregimiento y estando en las casas desde juzgado propuesto el yntento de su magd. les mando eligiesen la ymagen de mas deboción que tenian en esta provincia de nuestra señora para botarla y jurarla por patrona della y defensora de las armas de castilla segun la boluntad del rey nuestro señor a que rrespondieron todos los sircunstantes que elegian nombravan y señalaban por tal patrona abogada y protec-

tora a nuestra señora de guadalupe questa en el convento desde asiento por ser como es la ymagen de su deboción y como a tal la pidieron y aclamaron"...(3)

De entonces acá han corrido los años, pero en todo tiempo el mayor número de imágenes de nuestros templos ha correspondido a la representación de la excelsa Madre de Dios, bajo diferentes advocaciones, conforme lo puntualizamos someramente.

LA VIRGEN DEL TRANSITO

La imagen de este nombre, del templo de San Francisco, es una preciosa escultura, de tamaño natural, perfecta desde los puntos de vista formal y expresivo.

Su rostro, iluminado por inefable sonrisa, que ni la muerte pudo helar, mueve a la meditación, excita a creer con fe sentida e iluminada, en la auténtica divinidad de esta privilegiada criatura, más bella que la aurora, más pura que los ángeles.

El artista, en un arrebato de inspiración, la vio en el instante mismo en que la dulce y universal madre del género humano entraba al goce del supremo deslumbramiento, y de mano maestra la esculpió en esa beatífica actitud, habiendo logrado efectos tan cabales como para que el hombre se rinda no solamente a la evidencia de lo suprasensible sino a la incontrastable realidad del dogma de la Asunción de la Virgen a los cielos, en cuerpo y alma.

La Virgen del Tránsito es un dechado perfecto de lo que vale la renombrada imaginería quiteña, que a fuer de fecunda y alta, legara una producción copiosa, de clásico y depurado estilo.

No sabemos a qué artista corresponde la divina escultura; sin embargo, su perfección plástica la denuncia como una obra de Legarda, de cuya inspirada mano brotó una constelación de vírgenes maravillosas.

El terremoto de 1868 no la melló siquiera. Fuéronse al suelo cubiertas y paredes del templo de San Luis, donde se la rendía culto, como dieron también en tierra los demás templos y toda la ciudad, mas la Virgen del Tránsito quedó intacta. Doña Nicolasa Jaramillo, quien fuera por Ella, a ver qué había pasado con su Virgen predilecta, en la dantesca mañana del 16 de Agosto del indicado año de 1.868 la halló ilesa, junto a la Sagrada Custodia, flotando, por la patente misericordia divina, sobre el confuso montón de las ruinas.

Cuánta razón existe para que el pueblo otavaleño la tenga devotísima predilección. Su fiesta precedida de un quincenario, se celebra anualmente, con la mayor solemnidad, el 15 de Agosto, desde el año de 1908, en que doña Mercedes López de Endara hiciera tallar una nueva efigie de la Reina de los Cielos, en esta advocación; el quincenario y la fiesta se celebran tanto en el templo de San Francisco que conserva la imagen antigua, como en el de El Jordán que tiene la imagen nueva, y cuya rectoría hállase a cargo de los Padres Franciscanos.

LA INMACULADA CONCEPCION

La primera impresión viene del óvalo de su rostro, de maravillosa perfección, que constituye un reflejo de la belleza y la bondad de Dios.

Su mirada azul destella suavidad, es un venero de dulzura. No reprocha: insinuante y tierna, cautiva, acerca, retiene a sus hijos.

Nuestros mayores la llamaron la Chapetona, por donde podría colegirse que se trata de una escultura española, de aquellas que nos llegaban en el período colonial, de los buenos obradores de la Península.

Conforme se va mirándola, pónese de resalto el equilibrio armonioso de sus proporciones. Esbelta y garrida, tiene aire de reina.

El cielo y sus constelaciones le sirven de manto. Uno de sus pies nacarados estrangula la cabeza de un asqueroso reptil, mientras el otro, flota grácil, en actitud de desprendimiento de la tierra, como quien va a encaminarse a célicos jardines.

Ribera no hubiese podido tallarla más noble ni más linda. ¿Qué formidable artista la esculpió?

La devoción de la Inmaculada comprendía a todos los estratos sociales de la Colonia, al tenor de los testimonios que han quedado en los papeles de esa época histórica. Las poblaciones de Cotacachi, Cayambe, Atuntaqui y Urcuquí, que pertenecieron al Corregimiento de Otavalo, tenían sendas imágenes de la Inmaculada, a la que los pueblos la aclamaban en un solo sentimiento de veneración y gratitud.

En gracia del mérito sobresaliente de la escultura de la Inmaculada de Otavalo, el conocido crítico de arte Dr. José Gabriel Navarro, hízola figurar en el inventario de los bienes artísticos nacionales, porque, a su juicio, quizá no existe en el país otra imagen Mariana más bella que la de nuestro retablo.

LA VIRGEN DE COPACABANA

Un barrio de la ciudad le debe su nombre, el mismo que ha sido registrado, con amoroso recato, en numerosos documentos históricos, cuyas copias obran en nuestro poder. Los últimos años del XVII y los siglos XVIII y XIX fueron testigos de la devoción que la profesaban nuestros mayores.

La imagen tiene proporciones clásicas. De estilo severo, sin ampulósidades, revela sobriedad y nobleza en las facciones de su rostro moreno, en las líneas expresivas de sus manos aristocráticas, que se han plegado una con otra en la recogida actitud de la oración; en la musicalidad escultórica de esta bonita efigie.

El conjunto da una impresión de dulce gravedad, que imprime en el alma una emoción serena y limpia.

El artista que la creó, esculpió una idea, en las formas rigurosamente sobrias de una imagen, A no dudarlo, fue un hombre de talento. Lo desconocemos, por nuestra mala fortuna, a pesar de la búsqueda de su nombre o siquiera de alguna referencia, en que nos hemos empeñado.

Esta noble imagen fue recobrada después de muchísimos años, por la devota preocupación de los vecinos del barrio de Copacabana, entre los cuales cuenta un distinguido hijo de Ibarra, el señor Guillermo Jaramillo Páez.

Actualmente está expuesta la tricentenaria Virgen en el pequeño templo de San Francisco, sobre una columna de madera que sirve de peana.

LA VIRGEN DE MONSERRAT

Es otra imagen bellísima. Una de las joyas de esta ciudad.

No se trata, propiamente de una escultura colonial, sino de una réplica, que se hizo a hurtadillas de los millares de devotos de la primitiva imagen, cuando estaba de párroco colado de El Jordán, el doctor N. N., allá por el último decenio del siglo próximo pasado.

En la escultura que nos ha quedado, y que dice es muy semejante a la primitiva, en términos que muy pocas personas advirtieron el cambio de una imagen por otra, no juega tanto la emoción religiosa cuanto la gracia femenina y fresca juvenil que la envuelven en un hálito de poesía.

Junto al rostro sonriente de la Virgen de Monserrat, el lucero del alba se eclipsa.

La madre de Dios aparece en esta advocación, por obra del arte quiteño, sobre un pedestal de nubes y ángeles, en la actitud más tierna y dulce con que el hombre puede representar la belleza simbólica del amor maternal. Explicable por esto, y por los

milagros que multiplica su misericordia, la singular devoción que la profesa el pueblo otavaleño, que la consagró como su Patrona, mediante Acuerdo de su Cabildo, de 4 de Abril de 1863.

La fiesta se ha celebrado en distintas fechas, en el transcurso de más de tres siglos; siempre con toda solemnidad, y desde hace varias décadas, precedida de un novenario, el 8 de Setiembre de cada año.

OTRAS IMAGENES ANTIGUAS

El venero artístico religioso de origen colonial, de Otavalo, en cuanto el juicio se atenga más bien al mérito antes que al número de imágenes que nos legara esa época de nuestra historia, es bastante apreciable. Indudablemente, el cataclismo de 1868 debió haber destruido una que otra imagen, a la vez que favorecido la pérdida de muchas efigies sagradas y más obras plásticas que adornaban los tres templos de la ciudad; pero aquello que se salvó, providencialmente, de la apocalíptica convulsión, confirma el prestigio del arte quiteño, el primero en América, desde el siglo XVII hasta nuestros días.

Otras imágenes coloniales de la Virgen son las Dolorosas de los Calvarios de San Luis, El Jordán y San Francisco. El arte las ha representado en la afligente y comunicativa expresión del supremo dolor, al contemplar a su Divino Hijo en las torturas de la agonía, en que culminara su papel mesiánico entre los hombres.

Son también coloniales y tienen aquilatado mérito artístico las imágenes de Jesús Nazareno, dos de ellas de San Francisco, y una de El Jordán; el Señor de la Flagelación o de la Columna, del templo primeramente nombrado, muy semejante a la del Señor atado a la columna de la flagelación, que existe en la Catedral de Quito, talla, ésta, del renombrado artista quiteño Padre Carlos.

Prosiguiendo en esta enumeración, mencionemos al Santo Patrono de la Iglesia de San Francisco, bellísima escultura expuesta en la absidiola que queda al lado derecho, vista desde la

entrada, del retablo mayor de dicho templo; donde hallamos, hacia el lado izquierdo, otra escultura notable, la de San José, de tamaño natural y de líneas fluidas y armoniosas.

En El Jordán, a más de Jesús Nazareno, llamado también Señor de la Buena Esperanza, existen San Francisco de Asís y Santa Marianita de Jesús, tallas en madera que llevan el sello distintivo del arte quiteño de siglos pretéritos.

Todas estas imágenes tienen en sus manos el tesoro de los milagros, el mismo que no lo han ahorrado frente a un pueblo cuya fe traducida en preces obliga sus misericordias.

Fue nuestro propósito pasar una revista sobre la imaginería religiosa colonial de los retablos otavaleños y nos ha resultado un escorzo, a pesar de nuestro fervor. Volveremos, sin embargo, a tratar esta materia, para completar la sintética referencia que venimos dando, sobre las prodigiosas esculturas que conserva Otavalo, como un noble patrimonio artístico-religioso que nos legaran las precedentes generaciones, en beneficio de la fe, tesoro de nuestro pueblo, que no se ha extinguido ni llegará a extinguirse, a Dios gracias, haciendo valer una paradoja, mientras el hombre sea un ente de razón, para quien la primera y la última verdad es Dios, el Ser Supremo por excelencia, de quien dependemos en igual grado todas las criaturas.

NOTAS

- 1 Libro de Procesos Civiles, del año de 1.805, de la Notaría Segunda del Cantón Otavalo.
- 2 Donación de una galería de tiendas para el funcionamiento de una escuela para niños indígenas, hijos de llactayos. -Notaría primera de Otavalo. -Registro de Instrumentos Públicos del año de 1.777.
- 3 Registro de Instrumentos Públicos del año de 1644. -Notaría Primera de Otavalo.

"Ñuca Huasi" N° 4 octubre de 1954.

TÍO ANTONIO

Enrique Garcés

Había nacido allá por los tiempos en los que se libraban las últimas batallas de la Independencia, de manera que él oyó los clarines de la victoria. Hecho de la más recia arcilla otavaleña, vivió serena y juvenilmente hasta muy cerca de los cien años. Cuando a los noventa y seis, enfermó de gravedad, decía que sanará obligadamente porque quería celebrar su centenario. Pero no fue así, posiblemente porque si lo consigue, demora en la vida otros cincuenta años por lo menos.

Para mí es inolvidable este personaje singularísimo, ligado hasta por los lazos de la sangre. Siempre tuve, desde la escuela, la impresión honda del pasado y el cálculo de lo viejo me producía no se qué admirativa necesidad de meditar en los meses, las horas y los años, tal como las cortezas de los árboles suelen hacerlo a imitación de los anillos que acumulan la tortuga en el calendario de su caparazón. Pues Tío Antonio exhibía ya entonces unas cifras de campeonato. A los noventa y cuatro años de edad, celebraba también los setenta y cinco de su matrimonio con la Tía Virginia que estaba un tanto fresca pese a los achaques; se había jubilado —le jubilaron a la fuerza— de su trabajo después de haber desempeñado su cargo nada menos que cincuenta y cinco años sin interrupción de medio minuto. Yo al hacer las cuentas, no era que me equivocaba al sumar y decir que Tío Antonio había vivido doscientos veintiseis años repartidos así: noventa y seis para sí solo; setenta y cinco para su hogar y cincuenta y cinco para el trabajo sin fatiga. Ya sabía sumar bien. No me equivocaba.

Tío Antonio nació, vivió y murió sembrado a la tierra otavaleña. Alguna ocasión le preguntamos si no había tenido anhelos de conocer, por ejemplo, Guayaquil. Y él contestó con esta sequedad sentenciosa que le era usual:

—Basta con conocer Otavalo!...

Si por acaso se le enseñaban esas fotografías de ciudades extranjeras que se colocaban en unos aparatitos curiosos, con mango, dos oculares y un botoncito para el enfoque, y se le quería explicar la maravilla de esas urbes, replicaba devolviendo el artefacto:

—Más linda es mi tierra vista desde la loma!...

En los precisos momentos que le enterrábamos, pensaba yo, cómo las cenizas de este varón de verdad habrían celebrado fiesta magnífica al reencontrarse con los átomos terrígenos de la otavañidad. Fue Tío Antonio un roble que tanto sus raíces como sus flores penetraron hondamente en la parcela nativa.

Era alto, garboso y su caminar tenía la mezcla de lo seguro y arrollador. Más tradicionalista que los ingleses, usó solamente una clase de sombrero de paja y un poncho negro. Una barba de quizá unos cuarenta centímetros, blanca, caudalosa, modelo tolstoiiano por el desorden y del tipo de Valle Inclán por la lanza final, le impidió conocer por completo este inútil trapo paramental de la corbata.

Es con Tío Antonio que sucedió aquel pasaje que vale repetir: Unos niños asombrados osaron acercarse para preguntar al viejo solemne, en la plaza, que dónde ponía tan enorme barba para poder dormir, si debajo o encima de las mantas, a lo que repuso con una semisonrisa:

—La pongo en el ropero!...

Si por alguna parte pudieran enseñarme y comprobarse de algún caso patológico de honradez diría sin vacilar que ha resucitado Tío Antonio. Sólo una enfermedad le fue crónica: la honorabilidad hasta límites evidentemente morbosos. Sirvan de muestras estos singularísimos pasajes:

Después de cincuenta y siete años de trabajo como gerente de una empresa textil, se retiró pobre. Otros gerentes que le su-

cedieron, en poco tiempo, qué diferencia!... Llevó una vida sobria, casi ascética y no aceptó jamás los progresos de la civilización. Cuando los dueños de la fábrica de tejidos, le compraron un automóvil para que lo ocupara en el largo camino que separaba su hogar del sitio de trabajo, protestó airado por dos motivos: gasto tonto y supérfluo, por una parte; absurdo que él hubiese intentado siquiera subir al vehículo endemoniado que además tenía olor a infierno con sus gases de benzeno. Y prosiguió a pie, llueva o no, en sus dos viajes matemáticamente puntuales: cinco de la mañana, ida; cinco de la tarde, regreso. Barba, poncho y bastón a cuestas, iba por esos caminos saludando respetuosamente por todos. Hasta los pencos de la zanjas le daban los buenos días!

Un hijo suyo, admirable modelo de trabajador, era también empleado en aquella fábrica y por su desempeño el Gerente, su padre, le pagaba seis u ocho sucres mensuales que en eso había valorado su rendimiento y el sueldo. Los dueños de la fábrica, secretamente, ordenaron que se le pagara una cantidad infinitamente superior. El contador que tenía expresas instrucciones para tratar de ocultar la partida respectiva para que Tío Antonio no glosara el egreso, tuvo un día una escena feroz. Ante la insistencia de Tío Antonio para que le explicaran unos egresos que no correspondían a lo que él sabía de corrido porque su memoria era mejor que todos los libros de partidas dobles, tuvo que confesar que había pagado, por orden de los patronos, un sueldo mayor a su hijo. Un verdadero terremoto se registró en la fábrica. Reunió a todo el personal y acusó al Contador y a su hijo, de..., bueno de qué? Pues de ladrones!... E inmediatamente dictó jupiteriana sentencia: multa al Contador y obligación inmediata de devolver, por parte de su hijo, lo que había recibido sin su aprobación y conocimiento.

Con mis hermanos Gabriel y Reinaldo fuimos a visitarle en la fábrica. Nos recibió con su helada y simpática afectuosidad, dando justamente una palmada en el hombro a cada uno y repitiendo, como en ceremonia, cada uno de nuestros nombres al momento que ponía su mano. Dijo inmediatamente que no le hiciéramos perder el tiempo y que no distrajáramos a nadie en sus

labores. Y a poco nos despidió. Yo que no podía dejar de mirar sin angustia unos lindos cordeles que allí hacían y que servían bellamente para jaeces de mis caballos de madera, al primer descuido de Tío Antonio alcancé a enrollar uno solo y ponerle, casi temblando, dentro de la camisa. Cuando ya estábamos cerca de llegar a Otavalo, es decir, después de andar unos tres kilómetros, nos alcanzó un obrero de la fábrica quien, agitado por la carrera, nos indicó que debíamos volver por cuanto Tío Antonio lo deseaba para obsequiarnos algunas cosillas que olvidó entregarnos al momento de la visita. Retornamos con la más cándida sinceridad y esperanza. No podré olvidar cómo escondí mejor aun el cordelillo. Ya en presencia de Tío Antonio, bruscamente nos increpó por el hurto reprendiendo con violencia de modo que no hubo más remedio que optar por la devolución del avergonzado envoltorio y bajar la cabeza en vísperas del llanto. Entonces Tío Antonio sacó un "calé" (dos y medio centavos) y me dijo:

– Compra en el almacén cinco cordeles y dales a tus hermanos.

En el anecdotario otavaleño Tío Antonio ocupa lugar cimerero con pasajes de su honradez en extremos teratológicos. Solamente él era capaz de ser autor de esta escena grandilocuente instantes antes de la muerte. Reunió a sus hijos y más familiares casi con convocatoria firmada. En torno a su lecho, la gente lo miraba y le admiraba. Sin la más leve inquietud por el final, alzó su huesuda mano derecha y en tanto echaba una bendición desgarbada, dijo con extraña claridad estas palabras:

– En mi vida he manejado más de cuatrocientos millones de suces que eran ajenos y nunca perjudiqué ni en un centavo. Esa es mi herencia!

Y como quien se acomoda para descansar mejor, puso esta vez si su inmensa barba sobre la manta y se fue.

Después de muchos años entré a la casa de Tío Antonio y me di cuenta que el tiempo no había pasado. Nadie había tocado

nada. Apenas el polvo irreverente penetró hasta aquellas mesas gigantescas y armarios todavía erectos donde guardó papeles raros, libros manuscritos y unos óleos de abuelos y chuzabuelos a cuyos respaldos existían anotaciones amarillas que no se podían traducir. La ventana sin cristal alguno, me recordaba una respuesta que me diera al preguntarle por qué no hacía poner vidrios en ella:

– No hay que ponerle barreras al aire, sentenció.

Y allí estaba el gran candelabro sencillo, erguido de cicatrices de estearina y con el último pedazo de bujía que ardiera a su cabezera. También me hizo pensar en otra de sus tonantes contestaciones acerca de la luz eléctrica y en elogio de la esperma:

– La luz tiene que ser llama como el sol para tener el orgullo de apagarla soplando.

Nadie fue capaz de convencerle que fuera al cinematógrafo. Echando raíces en su pasado, explicaba que eso sería ultrajar el arte de un "Taita Titiretero" que había llegado ya hace como sesenta años por Otavalo.

Y en esa tarde que pude estar infinitamente solo entre los muros sordos del barrio de Tío Antonio, subí por la colina guiado por la vaga pesadumbre que a veces produce el recuerdo. Abandoné mis ojos al paisaje. Yo que había cruzado el mar y dos Continentes, en plena juventud, dije con Tío Antonio:

– Mejor es mi tierra desde la loma!...

"Ñuca Huasi" N° 6, abril de 1956.

IOA

INSTITUTO OTAVALEÑO DE ANTROPOLOGIA

CENTRO REGIONAL DE INVESTIGACIONES

OTAVALO - ECUADOR

